COMEDIA.

VIDA, Y MUERTE

DE EL CID CAMPEADOR, Y NOBLE MARTIN PELAEZ.

DE UN INGENIO DE ESTA CORTE.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

El Cid.	*Alvar Fañez.*	*Brianda.*
Martin Pelaez.	*Laín.*	*Altisidora.*
El Rey D. Alfonso.	*Bermudo.*	*Arlaja. Celinda.*
El Rey Bucar.	*Chaparrín, Gracioso.*	*Alí, Moro*
Pelayo, Viejo.	*Doña Elvira.*	*Acompañamiento.*

Vista de Valencia y Salen el Rey Bucar, Alí, y Moros.

Rey. QUE à vista de Valencia está
la Infanta?
Alí. Palas en el valór puso la planta
sobre el muro de Murcia, y victoriosa
de Celin tu enemigo, como Diosa
la respeta tu Exercito arrogante.
Rey. Oy ha de entrar triunfante,
qual Semiramis bella en Babilonia,
con todos los Soldados de Esclavonia:
bien Solimán, con magico desvelo,
por el caracter del luciente velo,
aseguró que su valór sería
lauré de mi dichosa Monarquía.
Esta la causa ha sido,
que su bélico ardor no he reprimido;
por ella pienso ser de la campaña
Emperador de la invencible España.
Alí. Con Arlaja, y Celinda, que Amazonas
son de la Siria Zonas,
se atreve à conquistar por maravilla

 una

una, y otra Castilla,
tanto amor tu Exercito la tiene,
tan gustosa viene
militando en su bélica vandera,
como si Marte fuera
su mismo General. *Tocan.*

Rey. Los instrumentos
bélicos rompen los sutiles vientos.
Alí. Dichoso dia la Ciudad espera.
Rey. Venus, y Marte baxan de su esfera.

Tocan caxas, y salen por un palenque la Infanta, Arlaja, Celinda, y Soldados.

Inf. Alá prospere, Señor,
tu vida, que guarde el Cielo,
para que veas unidos
à tu soberano Imperio
desde Zaragoza al Betis,
desde Cantabria à Toledo,
y desde el fuerte Moncayo
à los altos Pirenéos.

Rey. Hija, en mis brazos recibe
el parabien del aliento
militar, que te acompaña;
y pues el Profeta nuestro
Brazo de Alá te acredita
en los Palacios excelsos,
tu corazon, si no mienten
los Celestiales quadernos,
de la diestra de Mahoma
será con valor supremo,
en favor del Alcorán,
rayo, relampago, y trueno.
Sepa yo de tu venida
el admirable suceso.

Inf. Oye, Señor, mis hazañas.
Rey. Prosigue pues. *Inf.* Está atento.
Supe que el Rey de Murcia Celidoro
hizo amistad, señor, con el Christiano,
y que el tributo de la Luna de oro
te negaba el Genizaro tyrano:
Doy orden al Baxá Mahomedoro,
que con el Tercio bélico Africano
desde Denia baxase à la campaña,
unióse à mi valór, y tembló España.
Celidoro, y su gente por la cumbre
de un monte divisamos, quando el dia
abriendo la pestaña de su lumbre,
iba aclarando la tiniebla fria:
Descubrióse la inmensa muchedumbre
y pareció que el Cielo nos llovia
hombres al valle, ò que segun rodaban,
que los ayres turbantes granizaban.
En una Alfana Syrica nevada
se presentó Celin baxando un monte,
y en otra del Jordanico criada,
al paso le salió Celeridonte:
Yo no sé si chocó Sierra nevada
con el Alpes, el Etna, y el Oronte;
sé, que el chocar el uno, y otro rayo
aquel fue Pirenéo, este Moncayo.
Presentóseme el bélico Celino
en un bruto del Betis indomable,
pongo la lanza en ristre, y de camino
le paso el pecho con valor notable:
Clavéle el cuerpo en el robusto pino,
y al dar dentro del pecho vegetable
el ultimo suspiro horrible, y bronco,
el alma le saqué dentro del tronco.
Del esquadron de los Christianos Soles,
y del quartel de los ginetes Canes
se encuentran en Pegasos Españoles
Zulema, y el valór de los Guzmanes:
Rompen las lanzas, vuelan los faroles,
llevando los Planetas por imanes,
y el mismo Marte, por andar al uso,
por penachos marciales se los puso.
El Alfaquí, que el Alcorán enseña,
contra Muza salió de saña armado,
desde la cima de una parda peña
à los Abismos vino despeñado:
Al Profeta invocó de breña en breña,
y segun era Muza de alentado,
de un vuelo le arrojó desde la loma
sobre el gran Paraíso de Mahoma.
Los dos Rios, Señor, de Andalucia,
Zegries, y Gomeles, se encontraron,
y en las centellas delficas del dia,
à pesar de la Parca se abrasaron:
Parecióle à la muerte, que podia
descansar en el centro que buscaron,
y halló que en la palestra que ocupaban,
las almas inmortales peleaban.
Dispararon los dardos. y saetas,
poblando la region del ayre pura,

dos nubes parecieron, dos cometas,
ému las de la antorcha mas colura:
Subieron en nivél las pardas metas,
y al baxar à la esfera mas segura,
las puntas por los rumbos sucesivos
se clavaron en cuerpos medio vivos.
Encendióse la guerra poderosa,
tocó à muerte el impulso de las vidas,
inundóse de sangre belicosa
el arroyo inmortal de las heridas:
Arrojaronse al agua tenebrosa
las Esquadras mas fuertes, y atrevidas
y como con su sangre les brindaron,
en purpura caliente se anegaron.
Los ginetes de Denia belicosos,
que Celinda, y Arlaja gobernaban,
cerraron con los Tercios animosos,
que à la parte del Norte se quedaban:
Abanzaronse tanto, que en los fosos
del Fuerte de Celin, donde esperaban
algun socorro, los dexaron muertos.
inundando de sangre los desiertos.
Fué el despojo, señor, mil prisioneros,
cien carros de marlotas, y turbantes,
treinta Elefantes, de Africa guerreros,
y mil arcos flecheros de diamantes,
quatrocientos fortísimos aceros,
cien Alfanas Jordanicas volantes,
y seiscientos Caballos Andaluces,
hypógrifos del carro de las luces.
Murcia queda, señor, à tu obediencia,
los Castillos de Elche reducidos
à la Alcorana Luna de Valencia,
y los Campos de Lorca destruídos,
temblando los rebeldes en tu ausencia,
los feudos otra vez restituídos,
deshecha la amistad de los Christianos,
y con fama inmortal los Africanos.
Todo, señor, se debe à tu Corona,
triunfa; conquista, emprende, solicíta
postra, rinde, sujeta, perfecciona,
tala, reforma, dá, castiga, quita,
rompe, acomete, ensalza, sigue, abona,
alcanza, fortalece, facilíta;
y pues no puede haber quien te lo estorve,
gima el Mar, tiemble el Sur, caduque
el Orbe.

Rey. Buelve otra vez à mis brazos,
Sol de la Luna que observa
nuestro Alcorán, pues de todas
eres el mayor Planeta;
y vosotras Amazonas
de la Nobleza Agaréna,
llegad à mis brazos. *Arl.* Todas
el valor que nos alienta,
recibimos de la Infanta.

Cel. Como en nuestras almas reyna,
la luz de ella recibimos,
como del Sol las Estrellas.

Inf. Supuesto, pues, que rendido
el Reyno de Murcia queda,
demos principio, señor,
à conquistar nuevas tierras.
El Rey Alfonso ha heredado
las dos Castillas sobervias
por la muerte de su hermano
Don Sancho, que con la flecha,
ò venablo, le dió muerte
sobre Zamora la bella,
Bellido Dolfos, y ahora
pretende entrar por Requena
à sangre, y fuego talando
las Catholicas Vanderas.
Los Berberiscos ginetes,
que se quedaron en Denia,
entren mañana, señor,
en la Ciudad de Valencia.
El Baxá Miramolin,
con sus Soldados, la Vega
del Turria puede ocupar;
y por la parte siniestra
de las Montañas del Sur
Almozarén nos defienda
las Campañas del Moral.
Nuevos trabucos de guerra
se traygan de berbería,
y con la marcial defensa
que de Marruecos envia
el grande Mahomad, Valencia
por señora de las gentes,
por árbitro de la tierra,
por mejor jardin del Mundo,
ponga sus Regias Vanderas
sobre los muros de Burgos,
de Pamplona, y de Palencia.

Rey. Vén ahora à descansar,

41245

que en la Mezquita te espera
casi la Nobleza toda
del Reyno, para que seas
honor, y gloria de quantas
ilustres Matronas Regias
defendieren con sus armas
à la gran casa de Meca.
Inf. Yo espero que aqueste brazo,
de Alá soberana diestra,
ha de poner las diez Lunas,
que dexó nuestro Profeta,
à pesar de los Christianos,
sobre la Ciudad excelsa
del gran Alfaquí de Roma,
Pontifice de su Iglesia. *Vanse.*

Salón. Salen el Rey Don Alfonso, y Bermudo.

Alf. Qué el Cid contra mi decreto,
hasta Toledo ha llegado?
Berm. Mil Moros ha cautivado,
contra el debido respeto,
que se debe à la alianza,
que hiciste sin ambicion
con el Rey Alimenon,
debida à la confianza:
Tus tierras ha destruído
por una que te ha ganado:
juramento te ha tomado
en la traicion de Bellido,
y à su devocion ha puesto
los Capitanes de fama,
y en el Africa le llama
el arabigo contexto
el absoluto Señor
de la belica campaña,
y se imagina de España
absoluto Emperador,
y à las Cortes no ha venido
por su ambicion singular.
Alf. Don Rodrigo de Vivar
toda mi gracia ha perdido.
Berm. El à Palacio ha llegado.
Alf. Aunque à Castilla le importe
su valor, oy de la Corte
ha de salir desterrado.

Salen el Cid, Alvar Fañez, y Lain.

Cid. A vuestros pies hace alarde
Don Rodrigo de Vivar,
que en este mismo lugar
llegó à merecer::: *Alf.* Ya es tarde.
Cid. Por su valor, y lealtad,
en Castilla conocida,
sino la fama adquirida
por sus hazañas::: *Alf.* Alzad.
Cid. Parece que con disgusto
me recibís, gran señor,
y es justo que à mi valor
se favorezca:::
Alf. No es justo.
Cid. No es justo? *Alf.* No.
Cid. Pues mi fé
en qué, Alfonso, os ha agraviado,
qué causa, señor, he dado
para que vos::: *Alf.* Yo la sé.
Cid. Vos la sabeis, mi lealtad
se amancilla sin honor;
si algun aleve traydor
de mí os ha dicho::: *Alf.* Escuchad.
Dias ha, Cid Campeador,
que me tiene disgustado
vuestra materia de estado,
indigna de mi valór.
En primer lugar presento
à vuestra sobervia idéa,
que dentro en Santa Gadéa
me tomasteis juramento
sobre si parte tenia
en la muerte de mi hermano,
desacàto soberano,
y especie de alevosía;
pues fuera mas justa ley,
de la nobleza aplaudida,
que le quitarais la vida
á quien dió la muerte al Rey:
pues dixo alguno en Toledo,
que quando al muro llegasteis,
de Zamora no pasasteis,
ù de cautela, ù de miedo.
El segundo cargo ha sido
tan vuestro como infiel,
pues con animo cruel
el Reyno habeis destruído
del Rey Moro de Toledo,
que en mi palabra fiado,
estaba bien descuidado
de

de semejante denuedo.
Quién os dió licencia à vos
para quebrantar las leyes,
que ajustaron vuestros Reyes
puestos por manos de Dios
sobre la tierra? qué hazaña
puede ser la que ha rompido
el fuero favorecido
por mi Consejo en España?
Fuera de esto, os he llamado
à las Cortes, y fingisteis
que en las guerras anduvisteis
conquistandome un Estado.
Y quando à Cuenca queria
con mis armas conquistar,
me dixisteis en Vivar,
que experiencia no tenia
de la guerra, que era mozo
para salir à campaña,
sin castigar en España
el desvelo cauteloso
de algunos, que mal contentos
estaban de mi poder:
accion de no obedecer
mis bien fundados intentos,
siendo asi que se condena
vuestro consejo fingido,
pues os fuisteis atrevido
à ver à Doña Ximena,
y me dexasteis, Rodrigo,
con la carga del Imperio,
sujeto à que en cautiverio
me pusiese el enemigo.
Todos estos cargos son
tan ciegos por la codicia,
que están pidiendo justicia
à mi recta indignacion.
Vasallo tan atrevido
no ha de vivir en mi tierra,
alimentele la guerra,
pues de la guerra ha vivido.
Salid luego desterrado
de mi Reyno, que no es justo,
que yo reciba disgusto
de un vasallo, que ha llegado
à oponerse à mi poder,
llevado de su valór,
que el criado à su señor
debe siempre obedecer.
La sentencia que os he dado
cumplid luego, porque sea
la jura en Santa Gadéa
escandalo de mi Estado.
Los puestos, y los thesoros,
que adquiristeis en la guerra,
veré si puedo en mi tierra
confiscallos contra Moros;
y esta ley de mi grandeza
se cumpla como ella está;
porque de no, baxará
à los pies vuestra cabeza.

Hace que se vá.

Cid. Sin oírme os quereis ir?
no, Rey Alfonso, bolved,
que os llama el Cid, deponed
vuestro enojo, que cumplir
debo. *Alf.* No es tiempo. *Cid.* Escuchad.
Alf. No teneis que persuadirme.
Cid. Digo otra vez, que ha de oírme,
señor, vuestra Magestad:
acordaos que soy el Cid.
Alf. Ya lo sé: no sois::: *Cid.* Yo intento:::
Alf. Quién me tomó el juramento?
Cid. El mismo soy. *Alf.* Proseguid.
Cid. En primer lugar, mi espada,
y este brazo, que os abona,
os puso bien la Corona,
que aunque estaba laureada
vuestra cabeza Real
por la justa succesion,
sin tomar la posesion
os asentaba muy mal.
Si juramento os tomé,
no fue contra la lealtad,
antes à la Magestad
perfectamente aboné.
Porque apenas mal contento
el Vulgo barbaro vi,
quando el daño redimí
con la ley del juramento.
Si por la junta, ò las leyes
os quexais de enojo ciego,
cumpla yo con Dios, y luego
quexense de mí los Reyes.
El

El traydor que os dixo, sí,
que à Bellido no maté,
y que de miedo no entré
la puerta (pesar de mi!)
de Zamora, vive Dios,
que os ha engañado en Toledo:
decidle que busque al miedo,
porque hablando entre los dos,
si en mi valor se repara,
por San Pedro de Cardeña,
que si el miedo no me enseña,
que no le he visto la cara.
Quando à Zamora llegué,
el traidor, buscando el centro
de su vida, esteba dentro,
cerrada la puerta hallé.
Vuestra sangre me obligó
à no trepar por el muro,
que en él no estaba seguro
el traidor que le mató:
qué es el traydor sin segundo?
por San Millán que matára
quantos traydores hallára
por el término del Mundo.
Y si alguno os ha informado
mal de mí::: pero este Solio,
de los Reyes Capitolio,
es un divino Sagrado.
El decoro no perdamos
al lugar que obedecemos,
las pasiones moderemos,
y al segundo cargo vamos.
Si en las Cortes, si se advierte,
no me hallé, fue porque estaba
con los Moros, que mataba,
en las Cortes de la muerte.
No os faltó mi voto à vos,
que en la guerra singular
hice voto de matar
los enemigos de Dios.
Los dos vimos en la tierra
vuestro valór mejorado,
vos en Consejo de Estado,
yo en el Consejo de Guerra.
No falté à la Magestad,
que en las Cortes del valór,
cada palabra, señor,
os valia una Ciudad.
Cu lpaisme porque atrevido,
con Catholico denuedo,
hice guerra à el de Toledo?
el Barbaro la ha tenido.
Qué consejo soberano
puede aprobar en su tierra
que rompa el Moro la guerra,
y no la rompa el Christiano?
No me hableis con intencion,
que sé por cosa muy clara,
que si à Toledo os ganára,
que aprobarades la accion.
Si à Cuenca no permití
que se conquistase, fue,
porque desigual hallé
la fuerza que en vos no ví.
No está el arte del vencer
en la juventud, señor,
la experiencia es, en rigor,
la ciencia del poseer.
La guerra se ha de intentar
con muy maduro consejo,
el poder es un espejo
donde se debe mirar.
Y sabed, por maravilla,
que os conquistó mi persona
desde Toledo à Pamplona,
desde Galicia à Castilla.
Quince Reyes he vencido,
diez Castillos he ganado,
un Reyno os he conquistado,
y una Provincia rendido.
Y finalmente, aunque vos
me desterreis por estado,
no teneis ningun Soldado
mejor que yo, voto à Dios,
y esta espada. *Alf.* Basta, digo.
Cid. No basta, Rey soberano,
que los disgustos de un Rey
son muerte de los vasallos:
Que os dexé, me decís vos,
mejor, señor, os dexaron
en los Campos de Viana
esos Infanzones bravos,
Capitanes de la embidia,
lisongeros de Palacio,
quando en poder de quarenta
Agarenos Africanos

os llevaban preso; y yo,
dando espuelas al caballo,
de los quarenta ginetes
diez solos vivos quedaron;
y no quedaron, que huyeron
del noble Cid Castellano.
Y alguno que me está oyendo,
fue el primero, que vagando
los vientos, à rienda suelta
se puso, señor, en salvo.
Yo lo digo, Don Bermudo,
miradme bien, que yo os hablo.
Alf. Don Rodrigo de Vivar,
salid luego desterrado
por un año de mi Corte.
Cid. Yo me destierro por quatro.
Alf. Por atrevido os destierro.
Cid. No soy sino temerario.
Alf. Son muchos vuestros delitos.
Cid. Ya he respondido à los cargos.
Alf Sin vos viviré contento.
Cid. Vivid, Señor, muchos años.
Alf. No sois vos el Cid Ruy-Diaz,
el sobervio Castellano?
Cid. Sí señor. *Alf.* Guardeos el Cielo:
Don Bermudo. *Berm.* Señor.
Alf. Vamos. *Vanse los dos.*
Alv. Este desprecio has sufrido?
Cid. Es mi Rey, soy su vasallo.
Lain. A no estar el Rey delante,
à Don Bermudo ::: *Cid.* En Palacio
todo es respeto, Lain.
Alv. Ese, señor, veneramos.
Cid. Ea, Alvar Fañez, Lain,
del Orbe terror, y espanto,
seguidme, y juntemos luego
nuestros fuertes Aliados
para cercar à Valencia:
conquistemos, Castellanos,
al Rey Alfonso otro Imperio,
en pago de estos agravios.
Alv. A tu lado morirémos,
como valientes Soldados.
Lain. Al calor de tu Vandera,
todos, señor, militamos.
Cid. De las Asturias de Oviedo
oy, Alvar Fañez, aguardo
à Martin Pelaez, mi deudo,
que será grande Soldado
andando en mi compañia:
Tú verás, Alfonso, quanto
debes estimar al Cid,
à quien oy has desterrado,
por haberte dado Imperios,
por haberte conquistado
à Zamora, y à Palencia,
à Valladolid, y à Campos;
pero à pesar de traydores,
esta espada, y este brazo
te conquistarán laureles,
te darán nuevos Estados,
te añadirán nuevos triunfos,
y sabrás desengañado
quien es el Cid, à quien llaman
el sobervio Castellano. *Vanse.*

Bosque, y sale huyendo Martin Pelaez, y su padre tras él, y Chaparrín.

Pel. Hijo, donde vas? espera,
qué tienes? sosiega, aguarda,
qué nuevo impulso acobarda
tu sangre de esa manera?
Chap. Esa gayta, ò chanfonia,
que el Cid à esta tierra envió,
à los dos nos asustó.
Pel. Tú has de mostrar cobardía,
quando el buen Cid Castellano
te llama para que seas
honor de Asturias, y veas
de tu Solar soberano
el trofeo militar
de tus padres adquirido?
La cytara, que à el oído
de Marte suele alentar,
te altera? *Tocan.*
Mart. Qué desconsuelo!
Pel. Te atemoriza? *Mart.* Qué horror!
Pel. Te acobarda? *Mart.* Qué rigor!
Pel. Te inquieta? *Mar.* Valgame el Cielo!
Chap. No se canse su mercé,
su hijo, y yo somos dos
gallinas, si, juro à ños.
Pel. Calla, infame. *Chap.* Callaré.
Pel. De la caxa, y el clarin
tiemblas? *Chap.* Como tiemblo yo.

Pel. Tú eres mi hijo? Eso no,
que no es mi sangre tan ruín.
Mart. Ay de mi! Padre, y señor,
el corazon sosegad,
y atentamente escuchad
lo que importa à vuestro honor.
Estas Montañas de Asturias,
que por los altivos montes
de Leon, si no atalayas
del Occeano, son Torres,
son mi Patria: La crianza
que me dieron estos robles,
fue el pacifico silencio
de aquesta soledad noble,
en cuyo caos divertido,
en cuyo alvergue conforme,
la sábia naturaleza,
de los militares golpes,
de los marciales estruendos,
y belicosos rumores
me libró, y en la eminencia
de aqueste vecino monte,
por merced de las Estrellas,
con impulsos superiores
me dexó por escondido,
y me perdonó por pobre.
Aqui me habeis enseñado
à sembrar la tierra torpe,
à encanecer esa sierra
de los ganados menores;
y desde que ví la luz
del gran padre de Faetonte,
y me mecieron los hados
en la cuna de ese bosque,
de esta silvestre Provincia,
de este rudo Imperio, donde
me crié, nunca he salido
à estrangeros Horizontes;
y en su Reyno, coronado
de peñascos, y de flores,
valles, arroyos, y fuentes,
buen Pastor, y mal Adonis,
buen Labrador, mal Soldado,
me alvergo dichoso joven;
en cuya segura vida,
por no tener ambiciones,
por no embidiar las riquezas,
por no aprobar los rigores,
por no agraviar à los Pueblos,
por no robar á los hombres,
por no matar por estado,
ni desagraviar pasiones,
la justicia con que vivo
me coronó de favores.
Parece ser que llevado
vos de aquella sangre noble,
que os dió el Cielo, pretendeis,
porque el Cid la vuestra goce,
siendo tan cercano deudo,
que yo sea, ò que yo logre,
debaxo de su Vandera
de los Alarbes Pendones
el triunfo marcial, ganando
eterno lauro à mi nombre:
Decis bien; pero sabed,
que la harmonia del Orbe
consta de infinitas cuerdas,
desiguales en las voces.
Yo, padre, y señor, no tengo
el aliento vital, donde
consiste el marcial estruendo,
tan fecundo, que corone
de rayos al alvedrio:
No esta arquitectura noble,
no este cuerpo organizado,
ni estas arterias disformes
son alma de este edificio,
sino el corazon, que impone
leyes vitales al brio;
y aunque soy noble, se encoge
tal vez el ardor viviente,
y timidamente torpe,
discurriendo por las venas,
le hiela, le descompone,
le atemoriza, le ofende,
y cobardemente inmovil,
en la oficina del pecho
el alma noble se esconde,
porque el caso no le infame,
y el lugar no le inficione.
Yo no sé de qué procede
este, que atrevido rompe
los impulsos de la ira:
bien sé, que debo à las voces
de la honra, que heredé
de tantos Hidalgos nobles,

acudir; pero si el Cielo,
que reparte por su orden
leyes del quinto Planeta,
que son los marciales Soles,
pequeña pavesa anima
à este materia de bronce:
qué culpa tiene el discurso,
si el valór no le socorre?
Yo siento en mí, por la parte
de la nobleza, un desorden
invencible, un corazon
hecho de dos corazones;
pero al punto que el temor
con arrullos gemidores,
con susurro movimiento
me hiela, me descompone
la ira con la templanza,
y à vista de los ardores
el limpio acero suspende,
y el corvo alfange depone.
Y supuesto que yo mismo
no pude hacerme, y que el golpe
de aquesta fortuna adversa
nace de impulsos mayores,
dexadme en mi humilde esfera,
padre, y señor, sin que noten
mis flaquezas inculpables
las estrangeras Naciones:
aqui viviré seguro,
pasando plaza de joven
alentado en el discurso,
que con cordura los hombres
pasarán plaza de Alcídes
encubriendo sus pasiones.
Querer que vaya à la guerra,
es querer que me deshonren
los amigos, y enemigos,
que mis faltas no conocen.
Filósofo soi, que busca
la quietud entre estos robles,
escribiendo sus defectos
en las peñas de estos montes,
que se ocultarán mejor,
que entre láminas de bronce.
Aqui puedo yo, Señor,
dár à vuestra casa honores,
sustentando con prudencia
en todas las ocasiones
el valor que me han negado
esos Diafanos once,
impulsos que están pendientes
del último, y primer movil.
No violenteis mi alvedrio,
ni me saqueis contra el orden,
que me dió naturaleza,
à la campaña disforme,
à ser entre los Soldados,
que son de Marte leones,
fábula de vuestra sangre,
y afrenta de mis mayores.
No à todos, Señor, nos suenan
bien las Militares voces,
ni los laureles de Marte
animan los corazones
de los que están enseñados
à oir entre Ruiseñores
clausulas dulces del Alva,
harmonía de los Orbes.
Yo he estudiado en estas hojas,
que los zéfiros descogen,
muchas letras naturales;
y à la luz de esos faroles
he leido, que la vida
es un transito que coge
la cuna, y la sepultura,
en cuya mansion el hombre
apenas se acuesta dia,
quando se introduce noche.
Yo no pretendo, Señor,
ir del Campo à los salones
de Palacio, à pretender
(por haber muerto à los hombres)
plaza de fiera, ni quiero
que se vistan mis pasiones
de la túnica de Marte.
Vistanse los Ricos-Hombres,
los guerreros, los valientes,
y los bravos Infanzones,
que à mí me basta, Señor,
aquella túnica pobre
que nos dá la muerte, quando
nos dá el sepulcro por norte.
Suspended, pues, el decreto,
que no todos los varones
de conocidos Solares
libraron sus pundonores

en las armas, que las letras,
con inmortales renombres
levantaron muchas Casas
al solio de los Señores.
Yo, en efecto, no he nacido
con aquel ímpetu noble,
con aquel valiente ardor,
que saca entre los humores
el relámpago viviente,
que ostenta luces feroces.
Ultimamente, estas breñas
por hijo me reconocen,
aqui pretendo vivir,
sin que la guerra me postre,
sin que la embidia me acabe,
la conquista me corone,
la tiranía me alhague,
la crueldad me desenoje,
la atrocidad me condene,
la ciega ambicion me estorve;
y en fin, como bruto fiero,
sin lei, sin Dios, y sin nombre,
me coja en pecado aquella
vida, y muerte de los hombres.
Chap. No se canse su mercé,
su hijo, y yo somos dos
gallinas, sí, juro à ños.
Pel. Calla, infame. *Chap.* Callaré.
Pel. Martin Pelaez, hijo, advierte,
que hombre noble nunca ha sido
cobarde, porque ha nacido
peleando con la muerte.
La nobleza es un diamante:
nace bruto el hombre, y luego,
si es noble, descubre el fuego
de aquel ardor vigilante.
Tú, como nunca has salido
à campaña, bruto estás;
pero tú te labrarás
al són de Marte lucido.
Tú no tienes sangre mia?
Mart. Sí. *Pel.* Pues mi sangre defiendo
como mi sangre. *Mart.* No entiendo
tan noble filosofia:
Si vuestra sangre heredé,
y cumplo con la quietud
las leyes de la virtud,
vuestra nobleza aumenté.
Lo que reparte al formar
Dios, y la naturaleza
al hombre, no habrá nobleza
que se la pueda quitar.
Si Dios no me concedió
este marcial frenesí,
quién me puede dár à mí
lo que el Cielo no me dió?
Si el natural accidente
hace de su sér alarde,
cómo puede ser cobarde
quien no ha nacido valiente?
Cobarde se ha de llamar
el que nació con valor,
y no sustenta su honor,
pudiendolo sustentar;
pero el que tuvo al nacer
pacifica inclinacion,
no faltando à la razon,
nadie le puede ofender.
La perfecta cobardia
es aprender à matar;
pero saber perdonar
es la mayor valentía.
De lo que soi me disculpa
la fabrica que formasteis,
porque si vos me engendrasteis,
en qué he tenido la culpa?
Y pues la causa no dí,
dad muchas gracias à Dios,
que no me quejo de vos
de haberme engendrado así.
Y no os canseis, finalmente,
en reprobar lo que apruebo,
que si no me haceis de nuevo,
yo no puedo ser valiente.
Chap. No se canse su mercé,
su hijo, y yo somos dos
gallinas, sí, juro à ños.
Pel. Calla, infame. *Chap.* Callaré.
Pel. Hijo, el Cid, como Soldado,
quiere que à su lado seas
Scipion, para que veas
tu claro blason honrado.
Armas, y espada lucida
te envia de la campaña,
y será afrenta de España,
y de Asturias conocida

ba-

baxeza, que un hijo suyo,
como tú, no se arme luego
de aquel encendido fuego,
de aquel Mongibelo, en cuyo
incendio vive el ardor
à par del tiempo inmortal.
Mart. Mirad que os está mui mal,
padre, ese marcial favor.
Pel. Mal me puede estár que veas
la cara à la guerra? *Chap.* Sí,
porque él, y yo::: *Pel.* Quién à tí
te llama para que seas,
bruto, en materia tan grave
Consejero? *Chap.* Porque à yo,
y mi amo, nos parió,
sin duda alguna, aquella ave,
que junto à el gallo se acuesta,
y en espantandole, sí,
à él, me espantan à mí:
sí por esta Cruz, por esta.
Pel. Mi maldicion te echaré
si no te armas Caballero:
ciñete luego el acero.
Chap. No se canse su mercé,
mi amo, y yo somos dos.
Pel. Infame, tú hablas aquí?
Chap. Sí, que mi amo está en mí,
y yo estoi en él, por Dios;
porque si mi amo fuere
valiente, lo he de ser yo.
Mart. Siempre un hijo obedeció
à su padre; mas se infiere,
que esta obediencia forzada
en mí viene à ser virtud,
y en vos, padre, ingratitud:
al punto venga la espada.
Chap. La mia venga tambien.
Mart. Armarme quiero (ay de mí!)
Chap. Armarme quiero (ay de tí!)
Pel. Darte quiero el parabien,
Elvira.

Sale Elvira de Labradora, y Brianda.

Elv. Señor. *Pel.* Sobrina,
las armas que le ha enviado
el Cid à tu primo, al punto
las traigan aqui. *Chap.* Del gallo,
Brianda, las plumas à mí,
y aquel, que me dieron, casco
de hierro, con el lanzon
con que alancéo los gansos,
me traigan aqui: señor,
es de burlas este ensayo,
ù de veras? *Mart.* Chaparrín,
luego hablarémos despacio.
Chap. Hemos de ir à matar Moros?
Mart. Es fuerza salir al campo.
Chap. Armados? *Mart.* Sí.
Chap. Bien está:
Armas, armas.

Sacan en una fuente peto, espaldar, y espada, y le arman à Martin; y para Chaparrín un casco con unas plumas de gallo.

Briand. Yá las traigo.
Elv. En fin, primo, y señor, vais
à la guerra? *Mart.* Si los hados,
ò la fuerza de mi estrella,
Elvira, lo han decretado,
qué remedio? *Elv.* Y nuestro amor?
Mart. Nuestro amor, prima::: turbado *ap.*
estoy de vér este abismo
de confusion, y de espanto.
Pel. Hijo, yo te quiero armar.
Briand. Chaparrin, qué yá ha llegado
la hora, en que de esta casa
vayas à la guerra? *Chap.* Vamos
yo, y mi amo à coger liebres,
ò andar à caza de galgos,
que lo mismo son de Moros.
Briand. Díme, no me traerás quatro?
Chap. Como yo los halle muertos,
te traeré ciento.
Briand. Estás guapo.
Pel. Qué bien te sientan las galas!
pareces un gran Soldado.
Mart. Hai del serlo à el parecerlo,
padre, un camino mui largo.
Pel. Este conquista el valor
con el ánimo esforzado.
Mart. Valgate Dios por valor!
dónde estás, que no te hallo?
Pel. En el corazon no sientes,

 con

con esa espada en la mano,
nuevo espíritu? *Mart.* El acero,
como es rayo azicalado,
es espejo de la muerte,
y yá no le temo tanto:
cuerpo de Dios, con las armas
me parece que he cobrado
el espíritu del Cid:
cierra España Santiago.

Tocan el clarin, y tiemblan los dos.

Pel. Eso sí, cuerpo de Dios,
el clarin te ha desmayado?
de qué tiemblas? *Mart.* Pues si no
temblára yo, ni los diablos
oponerseme pudieran.
Pel. Buelve en tí.
Mart. Yá se ha pasado
la quartana del leon.
Briand. Tambien tiemblas tú, borracho?
Chap. No te admires, porque yo
soi el mono de mi amo.
Mart. Ea, padre, llegó el dia
en que à la guerra me parto,
dadme vuestra bendicion,
y los brazos. *Pel.* Hijo amado,
Dios vaya en tu compañia,
mi honra pongo en tus manos:
morir con ella es vivir,
aun à pesar de los hados. *Vase.*
Mart. Prima, perdonad, que creo
que no es buen enamorado
el que no ha sido valiente:
hasta que haya conquistado
el nombre de Capitan,
no he de verme en vuestros brazos.
Elv. Yo fio de vuestro aliento,
y corazon esforzado,
que daréis à vuestra sangre
blasones tan señalados,
que inmortaliceis su nombre:
y à Dios, mi Señor, que el llanto,
dulce castigo de amor,
sale à los ojos triunfando
de mi alvedrio; qué pena!
qué dolor! ausencia, vamos
à morir, que asi lo ordena
la influencia de los Astros. *Vase.*
Briand. A Dios, Chaparrín querido.
Chap. Encomiendame à Santiago,
que vó à lidiar con Mahoma.
Briand. Una Novena à ese Santo
te he de hacer. *Chap.* Asi lo creo
de tu virtud, y tu trato.
Briand. A Dios, Chaparrín. *Chap.* A Dios,
chaparra de otro chaparro.
Briand. Allá vás, comante lobos. *Vase.*
Chap. Y à tí te lleven los diablos.
Mart. Fueronse? *Chap.* Si, yá se fueron,
y los dos hemos quedado
para un melonar, Señor,
extremados espantajos.
Mart. Qué harémos? *Chap.* Ir, y sin vér
quatro Moros en un año,
volvernos con nuestras caxas
de lata, y nuestros despachos,
à quien llaman en la guerra
servicios empapelados,
que con ellos, y con treinta
cuentecitas de Rosario,
yo seré el Cid Campeador,
y tú Bernardo del Carpio. *Vanse.*

JORNADA SEGUNDA.

Selva con tienda de Campaña.
Sale el Cid, Alvar Fañez, Laín, y Soldados.

Laín. Licencia pide, Señor,
Martin Pelaez, que ha llegado
de Asturias à ser Soldado,
y à gozar de tu favor,
para hablarte. *Cid.* Entre, Laín,
que bien deseado ha sido
del amor que le he tenido
sin haberle visto: en fin,
la sangre que tiene mia,
hace de su gozo alarde.

Salen de gala Martin Pelaez, y Chaparrín.

Mart. El Cielo dilate, y guarde,
por bien de esta Monarquía,
tu vida, Señor, de suerte,
que con inmortal renombre
Marte eternice tu nombre
sobre el trono de la muerte.
Cid. Llegad, llegad à mis brazos,
Martin Pelaez, levantad.
Mart. Qué valor! qué gravedad!
esos militares lazos
serán impulsos divinos,
pues con ellos, y el favor
que me haceis, tendré valor.
Cid. Los Soldados peregrinos,
de su propio movimiento
le tienen: primo, llegad,
à mi sobrino abrazad:
y vos, Laín, cuyo aliento
terror de los Moros es,
favoreced à Martin.
Laín. El ser su amigo Laín,
es su mayor interés.
Alv. Alvar Fañez por amigo
se ofrece vuestro. *Mart.* Señores,
con tan divinos favores,
me temerá el enemigo.
Cid. Buena presencia teneis,
no sois nada afeminado,
el cuerpo es de gran Soldado.
Chap. El se lo dirá despues:
oyes, no dés testimonios
de quien eres, porque al fin:::
Mart. Quién nos traxo, Chaparrín,
entre estos fieros demonios?
Chap. Lo que es tu tio, un leon
no es tan fiero como él:
severa vista! *Mart.* Cruel.
Chap. Jesus, qué bravo Sansón!
Cid. Quién sois vos?
Chap. Responde tú.
Mart. Criado mio, y Soldado.
Cid. Hombre parece alentado.
Chap. Señor, soi un Bercebú;
pero mi amo Martin,
sobrino de su mercé:::
Mart. Mira lo que hablas. *Chap.* Yo sé,
que es un Roldán palanquín,
mata un Toro de una voz,
un Oso de una puñada,
un Tygre de una patada,
y seis Perros de una coz.
Cid. En qué allá se entretenia?
Chap. Señor, en la caza andaba.
Cid. Buen exercicio. *Chap.* Cazaba
todo aquello que comía;
en oyendo él un clarin,
es gusto vello rabiar
por salir à pelear.
Cid. Acude à su sangre, en fin.
Chap. Sí Señor, riñendo quedo,
à mil Moros, por lo baxo,
se los llevará de un tajo,
como sea el de Toledo.
Cid. Martin Pelaez, el honor
en los nobles siempre ha sido
rayo de Marte encendido
en la esfera del valor.
De quien habeis de estudiar
todos los marciales fueros,
es de aquestos Caballeros.
Su doctrina militar
de norte os puede servir
para llegar à vencer,
que la regla del poder
con ellos se ha de medir:
à su mesa os sentaréis
para quedar mas honrado,
y de visoño Soldado
à Capitan llegaréis.
Hoi en el número entrais
de los Soldados, que abona
mas cerca de mi persona
el valor; y pues gozais
este puesto sin segundo,
con afecto singular,
procuradle conservar
en el teatro del Mundo.
Mart. Yo, Señor, procuraré
cumplir con mi obligacion,
y en la primera ocasion
con valor me empeñaré,
que aunque visoño Soldado,
al lado de estos dos Soles
seré blason de Españoles.
Chap. Lindamente has blasonado.
Cid. Discurramos, Capitanes,
el estado de la guerra:

yá

yá ganamos à Alcocér,
Almenar, Monzón, y Huesca,
y poniendo espanto al Mundo,
venimos desde Requena
à sangre, y fuego talando
todo el Reino de Valencia.
Tres leguas de la Ciudad
estamos; esa diadema
de los Países de Arabia,
pensil de naturaleza,
trono bélico de Marte,
solio de la quinta Esfera,
Paraíso de los Orbes,
Eliséo de los Planetas;
y finalmente, Ciudad,
que no admite competencia,
porque en sitio, y magestad,
edificios, y grandezas,
fue Metrópoli de quantas
tuvo Roma, y formó Grecia:
y en fin, por joya en el Mundo
la puso Dios en la tierra.
Esta, pues, Soldados mios,
conquistarémos à fuerza
de armas, à pesar de Bucar,
Alarbe Rei, que la puebla
con mas de treinta mil Moros
de la sangre Sarracena.
Nuestro número es mui corto,
yo presumo, que no llega
nuestro Exercito à dos mil
Soldados, que hecha la cuenta,
à cada uno nos cabe
en la batalla sangrienta
sus ciento y cincuenta Moros:
no es mucho, que el que peléa
por la fé, lleva à Santiago
por Patron en su defensa.
Y Santiago allá en Clavijo,
con apretar las espuelas
al caballo, se llevó
en una santa carrera
ciento y noventa mil Moros;
detuvole Dios la rienda,
quizá por nuestros pecados,
que segun iba de priesa,
no queda Moro en España,
à quien no abra la cabeza.

Tocan, y gritan dentro.

Pero el Moro está en campaña.
Alv. Y vá baxando à la vega.
Laín. A nuestros quarteles baxa.
Chap. Aqui fue Troya de veras.

Salen el Rei Bucar, y la Infanta, y algunos Moros atravesando el tablado.

Inf. Agarenos valerosos,
viva nuestro gran Profeta.
Batalla de Moros.
Cid. Christianos, la Fé de Christo
viva, y estos perros mueran. *Vase.*
Otra de dos en dos.
Mart. O pese à mi miedo *Chap.* O pesia
à el alma, que me engendró.
Dent. Cid. O Santiago, España cierra.
Chap. No cierras tú? *Mart.* Chaparrín,
sigueme por esta senda:
tienes ánimo? *Chap.* Ninguno.
Mart. Por qué tiemblas?
Chap. Porque tiemblas.
Mart. Partamos de aqui.
Chap. Partamos. *Entran, y salen.*
Mart. Vén, porque el Cid no nos vea.
Chap. Yá yo voi: Jesus los Moros,
que parte el Cid por las piernas!
y Alvar Fañez despachurra
à los Moros à docenas,
solo mi amo se está
tan sesgo como una dueña:
el Esquadron de los Moros
no tiene pies, ni cabeza,
la batalla está encendida,
solo mi amo se hiela:
Jesus, y qual sale huyendo!
dónde vás de esa manera!
Mart. Sigue, Chaparrín. *Chap.* Aguarda.
Mart. Viene el Cid?
Chap. Detente, espera.
Dent. Cid. Seguid todos el alcance.
Chap. Los Moros huyen, no temas.
Dent. Cid. Cierra España, Santiago.
Chap. Ahora puedes tenderla.
Vanse, dase la batalla, y luego sale el Cid.

Cid.

Cid. De la batalla huyendo
Martin Pelaez, y del confuso estruendo
cobarde se ha salido;
asi el Solar de Asturias conocido
afrenta, y su linage
con tan villano ultrage
bárbaramente infama,
quando entendí, que su valor, y fama
se estendiese en los términos del mundo,
sin admitir en él valor segundo?
Corrido estoi, que tenga sangre mia:
cómo en mi compañia
hombre cobarde alienta
con deshonor tan conocida afrenta?
Disimular conviene este cuidado,
y sea con prudencia castigado
delito tan infame,
que asi es mui justo que el valor le llame.

Salen Alvar Fañez, Laín, y Chaparrín.

Alv. Los Arabes retirados,
nos dexaron la campaña.
Cid. Honor, y gloria de España
fueron todos mis Soldados.
Laín. Hasta Valencia, Señor,
el alcance hemos seguido.
Alv. Martin Pelaez, Laín, (ap.
de la batalla salió?
Laín. Cobardemente se huyó. (ap.
Mart. No nos vieron, Chaparrín.
Chap. Linda traza hemos buscado
para guardar el pellejo.
Mart. No es mejor este consejo,
que morir desesperado?
Chap. Dios dixo, no matarás,
y guardas su mandamiento,
tan bien como en un Convento.
Mart. Es locura lo demás.
Cid. No hai duda, que saldrá el Moro
con nueva gente esta tarde:
que mi sangre sea cobarde (ap.
contra el blasón, y decoro
que se debe à la nobleza!
sacad las mesas; qué error!

Sacan dos mesas, una para el Cid, y la otra para los Soldados.

Chap. A comer tocan, Señor,
alimenta tu flaqueza,
por si hubiere otro Santiago,
que yo quiero en mi campaña
hacer otro cierra España
en la Hermita de Santiago.

Al irse à sentar con los Caballeros Martin, le detiene el Cid.

Cid. Esperad, Martin, los fueros
de la guerra son aváros,
no mereceis vos sentaros
con aquestos Caballeros.
Este lugar para vos
es un lugar indecente,
y mi fama no consiente,
que le ocupeis, vive Dios.
No, Pelaez, sentaos conmigo
à mi mesa, que os prefiero
à qualquiera Caballero
por pariente, y por amigo.
Mart. De la faccion no me pesa, (ap.
claro está, que estoi bien quisto,
porque si me hubiera visto,
no me sentára à su mesa.
Si con él nadie ha comido,
mayor lauro me previene,
que à Alvar Fañez, pues me tiene
para su mesa escogido.
Laín. Por cobarde le ha sentado
à su mesa. *Alv.* Vive Dios,
que era infamia de los dos
el ponerlo à nuestro lado:
à buen Soldado fió
el Cid tan honroso cargo.
Laín. Este es noble? este es hidalgo?
no es posible. *Alv.* El se salió
de la batalla primera,
que se dió à Miramolín,
y mas valiera, Laín,
que à la guerra no viniera.
Cid. Bien os habeis señalado
en esta guerra. *Mart.* Señor,
como es visoño el valor:::
Cid. Decis bien, sois gran Soldado;
si siempre lo sois asi,
ganaremos à Valencia

mui

mui brevemente: paciencia, *ap.*
corrido estoi. *Mart.* Siempre fui
inclinado à pelear.
Cid. Mui bien se os echa de vér.
Mart. Con el tiempo vendré à ser:::
Cid. Un Xerxes, no hai que dudar.
Chap. Dado estoi à Bercebú:
Digo, puedo yo ocupar
por mi amo este lugar?
Alv. Mejor lo mereces tú:
come, Chaparrín, que al fin,
si no entraste no saliste.
Chap. Estos dieron en el chiste,
por vida de Chaparrín.
Cid. Gustais de música? *Mart.* Aqui
música, Señor? *Cid.* Pues no?
la Militar gusto yo:
toca un clarin.
Tocan, y tiembla.
Mart. Ay de mí!
Cid. Qué teneis? *Mart.* Nada, Señor.
Cid. Sosegad. *Mart.* Estoi turbado.
Cid. Martin Pelaez, qué os ha dado?
Alv. De qué tiemblas? *Chap.* De temor.
Señor Cid, por vida mia,
que nos disculpe à los dos,
que de la cuna, por Dios,
nos quedó esta alferecía.
Cid. Ola, levantad las mesas,
y solo quede conmigo
Martin Pelaez. *Mart.* Aqui muero.
Chap. Mi amo está tamañito. *Vanse.*
Cid. Pues solos hemos quedado,
Martin Pelaez, escuchad,
y de mi enojo sacad
vuestro error, ò mi cuidado.
En público no ha de oir
el reo duelos agenos,
que las faltas de los buenos
à solas se han de reñir.
Que seais mi sangre, no sé;
pero quando lo seais,
no en el valor lo mostrais,
ni en vuestra espada se vé.
Volver el ímpetu atrás,
ser noble, y salir huyendo
de la batalla, no entiendo
que se haya visto jamás.
La nobleza, y el valor
son el imán del acero,
ninguno ha sido primero,
todos atraen el honor.
El temor siempre es mortal,
el pundonor nunca muere,
el uno baxeza adquiere,
y el otro nombre inmortal.
Vos sois Noble, y Caballero?
no lo sois, sí, yo lo digo,
que el que huye al enemigo,
ò es cobarde, ò lisonjero.
De qué temblais en la guerra?
no os embravece el estrago,
quando dicen Santiago,
cierra España, España cierra?
Cuerpo de Dios con el vicio
cobarde, lindos decoros,
quando yo mato mas Moros,
entonces tengo mas juicio.
Qué es huir? por San Millán,
que alabo à mi Dios Eterno,
quando despacho al Infierno
las almas del Alcorán.
Amigo, saber morir
con honra, vida se llama,
que en la gloria de la fama
consiste solo el vivir.
En la esfera del honor,
y el solio de la grandeza,
el valor hace nobleza,
y la nobleza valor.
Hombre comun, puede ser
valiente, temprano, ò tarde;
pero hombre noble cobarde,
yo no lo puedo creer.
Los soldados qué dirán,
viendo que salís huyendo,
y que se quedan riendo
los perros del Alcorán?
Qué dirán de vos, decid?
dirán con cuerdo sentido,
qué hombre es este que ha traido
para aquesta guerra el Cid?
En mesa de los valientes
Caballeros no se sienta
quien hace al valor afrenta,
en la mia hai accidentes,
que

que con la desigualdad
queda afrentado el sugeto,
pues dura tanto el respeto,
como dura la igualdad.
Aquesa mesa se llama
Templo, y Marte no consiente,
que hombre cobarde se siente
en el Templo de la Fama.
Para merecerla vos,
habeis de matar primero,
con el valor, y el acero,
los enemigos de Dios.
Matadlos, pesar de mí,
y de quien os envió
à la guerra, adonde yo
à ser valiente aprendí.
Matadlos, digo, ò morid
como valiente Soldado,
que no muere el que es honrado;
esto os notifica el Cid;
y de no, mudad de intento,
entraos à servir à Dios,
(que aqui no le servís vos)
desde luego en un Convento.
Obre el valor este dia,
lo que el acero no obró;
perded el miedo, que yo
no tengo en mi compañia
sino Roldanes, Reynaldos,
Alexandros, Scipiones,
Xerxes, Césares, Sansones,
Anibales, y Bernardos. *Vase.*
Mart. Pues no me he caido muerto
oyendo tales oprobios,
ò no es cierto lo que he visto,
ò es mentira lo que toco,
ò es muerte la que poseo,
ò no es vida la que gozo,
ù de este siglo he pasado
à lo insensible del otro,
ò estoi sin honra, que es mas,
porque bien puede ser todo.
Corazon, en qué consiste
este defecto alevoso?
Averiguemos verdades,
venid al teatro honroso
de la honra, y del valor,
y en su tribunal heroico,
ò morir de lo que siento,
ò vivir de lo que ignoro,
que es infamia del discurso
dexarse llevar del ocio.
La obligacion del nacer,
es observar con decoro
las leyes de haber nacido:
la república de todos
se defiende con algunos:
porque los hechos heroicos,
como nobles, dan nobleza
à los unos, y à los otros.
El noble siempre es valiente:
nací noble? Sí; pues cómo
soi cobarde? comprehendido
soi, por decreto lustroso
de la honra, que me obliga
desde el nacimiento propio,
à defender con las armas,
como hidalgo valeroso,
la Fé, la Patria, y el Rei.
Luego si no me dispongo
à morir por todos tres,
le falto al Rei en lo heroico,
à la Patria, en defendella,
à la Fé, dando à los Moros
lugar para que la opriman;
y en estos actos heroicos,
soi infame Ciudadano,
mal vasallo, y sobre todo
mal Christiano, pues agravio,
por inutil, y vicioso,
à Dios, al Rei, y à los hombres;
caigase el Etna en mis hombros.
Esto consentís, nobleza?
Esto permitís, decoro?
Por esto pasais, honor?
Esto no vengais, enojos?
No es mejor que el Sol dispare
un rayo caliginoso,
que en ceniza me convierta?
No es mejor que abran los poros
este torreón de arena,
en cuyo funesto solio
se sepulte para siempre
un hombre tan afrentoso?
Apurémos el discurso:
Con qué se hicieron famosos

 los

los hombres? con el valor:
Y este valor por sí solo,
à qué aspira? claro está,
que à tres admirables solios:
à la fama, à la nobleza,
y à la honra: luego à todos
afrenta quien no es valiente?
Sí, porque su fama es soplo,
su honra nube, que pasa,
su nobleza humo, y polvo:
Luego si yo no conquisto
à lanzadas con los Moros
estas deidades de Marte,
en rigor, entre los otros,
no soi hombre, claro está;
porque si el valor heroico
hace à los hombres, y yo
no tengo valor notorio,
es, que no soi hombre: ò pesia
mi corazon pavoroso!
taladrele el menor rayo,
apaguele el menor soplo,
sufoquele el menor fuego,
y entre el pesar, y el ahogo,
ni viva de las venganzas,
ni muera de los oprobios.
A mí afrentarme à la vista
de Capitanes famosos,
quitandome de la mesa,
donde Marte belicoso
alimenta rayo à rayo
los Ministros de su Trono?
A mí decirme en mi cara,
que volví cobarde el rostro
de los Moros? voto à Dios,
que si llovieran los Polos
mas Alarbes que el Diciembre
arroja del Cielo copos,
si granizáran las nubes,
ò destiláran à soplos
turbantes los Elementos,
ò se cayeran à plomo,
que ha de conocer el Cid,
que aqueste diamante bronco
ha descubierto mas luces,
que rayos despide Apolo. *Clarin.*
Eso sí, cuerpo de Dios,
suene el clarin sonoroso,
que ya sabemos la solfa,
por donde el valor heroico
suele cantar à la fama
sus concertados elogios.
Ya está el Alarbe en campaña,
rompamos por entre todos
los Exércitos de Agár,
y como crecido arroyo,
que se lleva quanto encuentra
por los valles, y los sotos,
asi llevemos cabezas,
tantas, que digan los Moros,
entre el pavor, y el espanto,
entre el temor, y el asombro,
que por descuido del Cielo
se desató de los Polos,
ò toda la quinta Esfera,
ò el valor de Marte todo. *Vase.*

Dase la batalla, y sale Chaparrín.

Chap. Vive Christo, que mi amo
se ha vuelto un vivo demonio:
por Santiago de Galicia,
que vá matando los Moros
por los campos de Valencia,
como si matára pollos.
Cómo valiente mi amo,
y yo cobarde? eso nolo;
por la garra de Sansón,
que han de vér estos cachorros,
no quien lleva el gato al agua,
sino los perros rabiosos.

Aquí se dá la batalla, entrando à los Moros Martín, y luego sale el Cid, y Martin.

Cid. Martin Pelaez, escuchad:
salís herido? de gozo
no estoi en mí. *Mart.* No señor.
Cid. Limpiad la sangre del rostro.
Mart. Esta es gala de la ira,
y se me viene à los ojos.
Cid. Siempre Marte entra con sangre,
oís? Desde oy os conozco
por deudo mio, escuchad:
Capitan del tercio os nombro
de los Leoneses. *Mart.* Señor:::

Cid. Oís? no ví tal destrozo;
por San Pedro de Cardeña,
que ha muerto doscientos Moros;
mirad, sobrino, de oy mas
os sentaréis con los otros
Caballeros à la mesa:
bien podeis, que yo os abono.
Chap. Yo con quién he de sentarme?
Cid. Habeis andado animoso?
Chap. Dos Moros y medio he muerto,
y herido noventa y ocho.

Salen Alvar Fañez, y Laín.

Cid. Alvar Fañez, y Laín,
ha sido mucho el destrozo?
Alv. Ha sido grande, y mayor
el estrago poderoso,
que Martin Pelaez ha hecho
en los Valencianos Moros.
Laín. Lauro merece inmortal.
Mart. Capitanes valerosos,
lo que à vosotros se debe
no ha de gozar con elogios
inmortales quien milita
debaxo de vuestro solio.
Alv. Dos Correos de Requena
ahora, señor, llegaron,
y estas cartas me entregaron
del Rei, y Doña Ximena.
Cid. Gran novedad debe haber,
esta es del Rei, mi señor,
y dice: " Cid Campeador,
"conviene, que à mi poder,
"y à mi servicio, vengais
" à Burgos, donde os espero
"con aquese Mensagero:
"Dios os guarde." Qué aguardais?
dadme un caballo al momento,
la tardanza me condena.
Alv. Leed, señor, de Ximena
la carta. *Cid.* Es atrevimiento
en un vasallo de lei,
de lealtad tan conocida,
aunque le importe la vida,
faltar un punto à su Rei.
Alv. En tanto que procuramos
tu jornada, leerás
la carta, y de ella sabrás
lo que contiene. *Cid.* Leamos:
" Mis lagrimas son testigos,
"que os fuisteis, Cid Campeador,
"y me dexasteis, señor,
"entre vuestros enemigos.
"Vos me ordenais, que à la raya
"de Valencia vaya à veros,
"y el Rei, y sus Consejeros
"me han mandado que no vaya.
"Vos andais entre Soldados
"conquistando un Reino al Rei,
"y él, contra la justa lei,
"confiscó vuestros Estados.
"Bien claramente se muestra,
"que sois distintos en guerras,
"vos en darle nuevas tierras,
"y él en quitaros la vuestra.
"No permitais, que yo viva
"en tan duro cautiverio,
"ni que le deis un Imperio
"à quien me tiene cautiva.
"Dice Bermudo, señor,
"que al Rei no sois obediente:"
miente Don Bermudo, y miente
qualquiera infame traidor,
que de aqueste testimonio
diere fé, y à la campaña
salga, y verá toda España.
Chap. Demandetelo el demonio.
Cid. Caballeros, entretanto
que doi la vuelta à Requena,
que será mui brevemente,
defended aquesta tierra,
como valientes Soldados:
pongase toda la fuerza
en este sitio, hasta tanto
que yo de la Corte vuelva.
Vos, Martin Pelaez, llevad
con cuidado, y diligencia,
antes que yo llegue à Burgos,
los despojos de esta guerra
al Rey Alfonso, que son
catorce Alfanas Turquesas,
once Cautivos Baxaes,
sin otras muchas preseas,
que hemos quitado à los Moros,
y decidle, en quanto llega

mi valor à disculparse,
que mi lealtad, y obediencia
ese presente le envia:
y sepan los que aconsejan
à los Reyes, que à los hombres
como yo, que se gobiernan
con rectitud, y justicia,
no se confiscan sus tierras. *Vase.*
Mart. A Burgos iré, señor,
y aunque sea en la presencia
del Rei, sabrá Don Bermudo,
que esta espada se gobierna
por el impulso de Marte,
lauréi de la quinta Esfera.

Vase, y sale Elvira con plumas, y espada, y Brianda.

Briand. A tu grande atrevimiento
ninguna accion le disculpa.
Elv. Si yo he tenido la culpa,
disculpeme mi tormento:
amo à mi primo, y amor
con la fuerza del empeño,
à la vista de su dueño
hará menor el dolor:
vengo à la guerra à buscalle
por centro de mi deseo.
Briand. Mira, señora, que creo,
que andan Moros en el valle.
Elv. El Exército Christiano
detrás de ese pardo risco
ha de estár.

Sale la Infanta, y dos Moros.

Inf. Vaya la gente
en ese bosque sombrio
ocultandose, hasta tanto
que por la margen del rio
baxen todas las Esquadras,
y todos à un tiempo mismo
acometamos al Real
del Catholico Enemigo.
Briand. Perdidas somos, señora,
Moros en el bosque he visto.
Elv. Si la fuerza de los Hados,
ò los Astros vengativos
se conjuran contra mí,
lluevan los Cielos prodigios.
Inf. Espera, Alí, dos Christianas
entre esos ramos he visto.
Alí. Deteneos à la Infanta.
Elv. Valedme, Cielos Divinos.
Inf. Quién sois?
Elv. Dos Christianas
à quien el Cielo ha traido
à tu poder por esclavas.
Inf. Dónde caminais? *Elv.* Al sitio
de los Christianos, señora,
à morir de lo que vivo.
Inf. A morir? *Elv.* Sí, que el amor
tiene seguro el peligro.
Inf. Sosiega, Christiana noble,
el alterado sentido,
la Infanta soi, tén valor,
descansar puedes conmigo:
à quién vienes à buscar?
Elv. A quien el alma he rendido:
tengo amor, y soi muger.
Inf. Qué es amor?
Elv. Un dulce hechizo,
que entrandose por los ojos,
desbarata los sentidos.
Inf. Yo no entiendo esa pasion:
son los Christianos mui finos
con las mugeres? *Elv.* Señora,
los Hidalgos bien nacidos,
nunca engañan à las Damas.
Inf. Serán hombres peregrinos:
dónde están esos Hidalgos?
porque lo que à mí me han dicho
es, que en vuestra tierra hai hombres
de tan doblados caprichos,
que si no engañan sus Damas
con mil requiebros fingidos,
no les parece que cumplen
con quien son, y es desvario
quererles, sino dexarles.
Briand. Soberanamenten ha dicho.
Inf. Es tu nombre? *Elv.* Doña Elvira.
Inf. Pues à la guerra has venido
à vér, Christiana, tu amante,
vente à Valencia conmigo,
que desde allí te enviaré,
con el decoro debido
à

à tu persona, à la raya
de Castilla, que hai peligro
si te diera libertad,
y ahora fuera delito
de mi grandeza. *Elv.* Tu mano,
que me concedas te pido,
por tan singular merced.
Inf. Ea, Agarenos, al sitio
del bosque, que antes que el Alva,
relámpago cristalino
de ese délfico Planeta,
corone de luz los riscos,
antes que el bello topacio;
engastado en el anillo
Celeste, surque las once
campañas de nieve, y vidrio,
por esas quatro veredas,
que nos señala este risco,
hemos de dar en el Campo
del Castellano Rodrigo,
ese pasmo de la Europa,
ese Leon del Castillo
de Marte, terror, y espanto
de los Pendones Moriscos,
que juro por este rayo
de Alá lunado prodigio,
esta parca de la muerte,
este acerado cuchillo
de Mahoma, à quien venera
la luz del Lucero quinto,
que he de ganalles el fuerte
de Alcocér, aunque del circo
del ultimo Firmamento
baxe en alas de Zafiros
el Patron de la Cruz roxa,
pues para abatir los ricos
esplendores de la Aurora,
para desplomar Castillos,
para conquistar Ciudades,
y sujetar Obeliscos,
basto yo, que de Mahoma
soi exálacion, prodigio,
saeta, cometa, rayo,
relámpago, y torbellino. *Vanse.*

Salon, y salen el Rei Alfonso, y acompañamiento, y por otra puerta tambien Pelaez, y Chaparrín.

Mart. Martin Pelaez, gran señor,
sobrino del Cid. *Alf.* Alzad.
A qué venís? *Mart.* Su lealtad,
y conocido valor,
con un presente me envia,
que à los Moros ha ganado,
cuyo triunfo venerado
de la marcial valentía,
dedica à vuestra grandeza,
suplicando le reciba,
para que su afecto viva,
impulso de su nobleza,
en el valor singular
de vuestro lauréi sagrado.
Alf. Mui mal consejo ha tomado
Don Rodrigo de Vivar.
Berm. Pretende el Cid, gran señor,
disculpar con el presente
su soberbia inobediente,
solicitando el favor
de tu gracia, habiendo sido
instrumento de la guerra,
con que ha alterado tu tierra
el fiero Moro atrevido,
no es bien que tu Magestad
reciba ahora presente
de un vasallo inobediente.
Mart. Don Bermudo, reparad,
que el Cid, por divina lei,
es de la lealtad crisol,
y es el mejor Español,
que tiene, ni tuvo el Rei.
Si hablais porque está presente
su Magestad, sin segundo
ha sido el Cid en el Mundo,
y ninguno mas valiente.
Y en esta accion que defiendo
se vé, que el Cid ha ganado
un Reino, y vos por Estado,
al Rei se le vais perdiendo.
Y vá à decir, si os agrada,
de ese temor à su escudo,
lo que vá à decir, Bermudo,
de la lisonja à la espada.
Y sustentaré, por Dios,
que el Cid, Soldado de lei,
es para servir al Rei
mejor vasallo, que vos. *Tocan.*
Y porque llega à Palacio;::
Alf.

Alf. Basta, pues esto ha de ser;
executad mi poder. *Vase el Rei.*
Berm. Luego hablaremos despacio.

Vase, y sale el Cid.

Chap. Qué es despacio? por la cepa
primera, que vió Noé,
que él à caballo, y yo à pie,
le haré, voto à Dios, que sepa
quién es el Cid, mi señor,
sí, por San Pedro, y San Pablo.
Cid. Qué es esto?
Chap. Haré lo que hablo,
por vida del Campeador.
Cid. Martin Pelaez, qué es aquesto?
Mart. El Rei, señor, me dexó
en esta quadra, y se entró
con Don Bermudo. *Cid.* Qué es esto?

Sale Bermudo, y Soldados.

Berm. El Cid está alli, llegad,
llevadle preso à Leon,
que asi por su condicion
lo ordena su Magestad:
qué aguardais? *Sold.* 1. Parece error,
que tú sin llegar estés:
pero yo bastaré pues.
Cid. Qué quereis? *Sold.* Nada, señor;
dónde habemos de llevar
à Don Rodrigo? *Berm.* A Leon,
no se pierda la ocasion.
Chap. Por vida::: *Mart.* Yo he de matar:::
Cid. Sosegaos. *Berm.* Obre el valor:
qué aguardais? ò qué temeis?
Sold. 1. Está bien, lleguemos, pues.
Cid. Qué quereis? *Sold.* 1. Nada, señor.
Berm. O qué costosos retiros!
yo solo quiero llegar,
para poder blasonar.
Cid. Qué quereis? *Berm.* Solo serviros.
Cid. No sé yo si mi lealtad
apruebe ese frenesí,
pues para servirme à mí,
aun no teneis calidad.
Haced de la lengua alarde,
sin salir de vuestra tierra,
que yo no llevo à la guerra
un lisonjero cobarde.
No importa, si he de escucharos,
que murmureis en mi ausencia,
pues puedo desde Valencia
con el aliento mataros.
Sabed, que aunque está cortada
la pluma de vuestra ausencia,
que hai mui grande diferencia
de vuestra pluma à mi espada.
Vos las antiguas noblezas
cortais con vanos errores;
pero si esa corta honores,
la mia corta cabezas.
Mui bien podeis murmurar,
soltad la lengua arrogante,
que claro está, que delante
de mí no osareis hablar;
y aun creo de mi denuedo,
y de vuestro aleve pecho,
que aun à mi sombra sospecho,
que la tuvieradeis miedo.
Berm. Advertid, que manda el Rei,
que os lleve preso.

Sale el Rei.

Alf. Esperad,
debe oir la Magestad
al reo por justa lei:
Don Rodrigo de Vivar
se quede solo conmigo
en la quadra: por el Cetro,
que por impulso Divino
recibí en santa Gadéa,
que he de vér si Don Rodrigo
manda en Castilla. *Cid.* Señor:::
Alf. Seguidme, Vivar, *Cid.* Ya os sigo.

Entran por una puerta, y salen por otra, y se corre una cortina, y vense algunos Reyes de España pintados.

Alf. En esta sala Real,
donde el silencio corona
de respeto à mi grandeza,
os pretendo hablar à solas.
A Burgos os he llamado,
pa-

para que las culpas todas,
que os imponen mis vasallos,
de que yo tengo memoria,
las absuelva la inocencia,
ò las castigue la honra,
porque el Estado no sufre
violencias escandalosas.
Decidme, con qué pretexto,
con las armas vencedoras,
rompisteis por las fronteras
de Aragon, y en Zaragoza
obligasteis à Don Pedro,
Rei de la Provincia toda,
à quexarse de las armas
de Castilla poderosas,
sin tener parte en la guerra,
que hizo vuestra gente propia,
contra la paz asentada
entre estas nobles Coronas?
Con qué intento, quando fuisteis
à la conquista famosa
de Valencia, me llevasteis
de Asturias, Leon, y Astorga
los Soldados mas valientes,
que al lado de mi persona,
columnas eran de España,
y pasmo de toda Europa?
Qué os movió, Cid Campeador,
à romper con belicosa
osadía por Monzon,
y Alcocér contra las propias
treguas, que hicisteis por mí
con Mahomad Belerboya,
obligandole à Castilla
à satisfacer la costa,
que al Africano en la guerra
le hicisteis con vuestras Tropas?
En qué os fundais en sacar
para la guerra, que ahora
haceis à Valencia, sea
por fuerza, ò voluntad propia
de los ricos hombres, solo
los tesoros que ellos gozan?
A qué fin, ò con qué intento
quereis llevar vuestra esposa,
y vuestras hijas al Reino
de Valencia? qué discordia
introducís al Estado?
Por ventura, en esta gloria
del vencimiento, quereis
de Valencia la Corona,
pasando desde vasallo
à la Diadema costosa
de Príncipe Soberano,
sabiendo vos, que la sombra
del reinar ofende à quien
con noble título goza
el laurél de sus vasallos?
Vuestra soberbia es notoria:
vos las leyes Militares
las haceis sentencias propias?
Y sin dar parte al Consejo,
sois arbitrio de las otras
Naciones confederadas
à las dos Castillas solas?
Qué es esto, Cid Campeador?
qué nube vanagloriosa
se opone al solar antiguo
de vuestra nobleza heroica?
en qué fundais estos duelos?
Se os borró de la memoria,
que soi Don Alfonso el Sexto
Rei de Castilla, que goza,
por la linea de los Reyes,
la famosa sangre Goda?
Hablad, que os he concedido
este breve plazo ahora,
por no faltar, como debo,
à la parte generosa
de la Divina justicia,
pues con ella, y la notoria
igualdad de mi Consejo,
sabré castigar discordias,
sabré oprimir vanidades,
y sabré, sin que se opongan
vasallos inobedientes
al poder de mi Corona,
ponerles junto à los pies
las cabezas sediciosas,
que en tales casos no tiene
lugar la misericordia.
Cid. Estaba considerando,
que en aquesta sala propia
vuestro padre, que ya asiste
en Alcázares de gloria,
me dixo un dia, viniendo
de-

de vencer à Limaona,
de los pies à la cabeza
bañado de sangre Mora:
Cid Rui Diaz ; por vos reino,
mas vale vuestra tizona,
que quantas corvas cuchillas,
que quantas espadas cortan
por decreto de lu muerte:
por vos me tiembla la Europa,
por vos soi Emperador
de quantos laureles logra
todo el ámbito de España,
perdonad mi vanagloria.
Dixo verdad vuestro padre;
porque hablando sin lisonja,
tres veces le dí la vida,
una en los Campos de Loja,
otra enfrente del Moncayo,
y la tercera en Pamplona.
Honróme Fernando aqui;
pero Alfonso me deshonra:
mudanzas son de los tiempos,
vanidad son de las glorias
de este Mundo; pero à mí,
ni me alteran, ni me postran:
el que fuí soi, y he de ser,
ande la fortuna loca
dando vueltas à su rueda,
que mi espada vencedora
ha echado à rodar el Mundo,
con ser diferente bola.
Yo, señor, no he de cansaros
con retóricas lisonjas:
si rompí por Aragon,
os gané hasta Zaragoza:
si alteré la paz, primero
se entró Don Pedro en Rioja:
si os llevé los Capitanes,
vuestras vanderas tremolan:
si hice guerra à Alí, os rendí
cinco Ciudades famosas:
si tributaron los ricos,
por eso el pobre no llora:
si os pedí à Doña Ximena,
no es agena, que es mi esposa:
si à mis hijas, claro está,
que son del alma custodias;
de modo, que si juzgais
sin pasion mis culpas todas,
los cargos que me poneis,
perfectamente me abonan;
porque si de todos ellos
se aumenta vuestra Corona,
y vos, señor, os quedais
con lo ganado à mi costa,
vos cumplís con el Consejo,
y yo con lo que me toca.
Y si estas, señor, son culpas,
cargadme de ellas, que à pocas
audiencias, seréis señor
de la gran Constantinopla.
Decís, que defiendo mal
la reputacion honrosa
de vuestra Casa Imperial;
acuerdome, que allá en Roma,
entrando con vuestro hermano,
que murió sobre Zamora,
à besar la mano al Papa,
ví siete sillas famosas
de siete Reyes Christianos;
y una de las sillas sola
estaba un grado mas alta
que la vuestra, no es lisonja;
por San Juan Evangelista,
que llevado de la honra,
de un puntapie que la dí,
fué la tal silla Imperiosa
à estrellarse con el techo,
y à vuestra silla Española
la puse con la del Papa;
y à cierta osada persona,
que lo quiso defender,
asiendole de la gola
le arrojé sobre la pila
de agua bendita, y tomola,
con que salió perdonado
de veniales discordias;
y si no me lo quitáran,
fuera mortal su congoja.
Y porque sepais quien soi,
hazaña es esta que monta
mas que todas las de Xerxes;
yo, à pesar de Europa toda,
en tiempo de vuestro padre
me opuse con mi persona
à defender que Alemania,

con la máquina redonda
del Imperio, no tubiese
en la Nacion Española
jurisdiccion militar,
y quité à España con honra,
que no le pagase el feudo,
que le pagaban las otras
Naciones; y vive Dios,
que si os falta la tizona,
que habrá de caer:::

Caese el quadro de el Rei, y el Cid le detiene.

Alf. Qué es esto?
Cid. Vuestro retrato fue ahora
à caer, pero mi mano,
imán de vuestra Corona,
le detuvo, que aun pintado
defiendo vuestra persona.
Alf. Sí, pero en Santa Gadéa
al original sin copia
le tomasteis juramento.
Cid. Aún teneis de eso memoria?
Alf. Y la tendré eternamente;
no esteis en Burgos un hora,
llevaos à Doña Ximena,
y vuestras hijas. *Cid.* De forma,
que me mandabais prender?
Alf. El decreto se revoca,
porque ganeis à Valencia.
Cid. Para vos la gano sola.
Alf. Está bien, ello dirá.
Cid. Si algunas lenguas traidoras
os han dicho, que yo intento
conquistar tierras remotas,
que no sean para vos,
con esta de Marte antorcha;
fuego, ò tizon, con que abraso
los Ministros de Mahoma,
por el Altar de San Pedro:::
Alf. Retiraos, que yá es hora.
Cid. Partirme será mas cierto.
Alf. Quando os partais poco importa.
Cid. Poco importa? *Alf.* Sí, Rodrigo.
Cid. Mis hazañas os respondan.
Alf. Dios os ampare, buen Cid.
Cid. El guarde vuestra persona.

JORNADA TERCERA.

Tocan caxas, y sale el Rey Bucar, la Infanta, Celinda, Arlaja, Celin, y acompañamiento.

Arl. Pues defendiste el belico estandarte,
desnudate la túnica de Marte.
Cel. Descansa un poco del marcial estruendo.
Inf. Quando à nuestra Ciudad está ofendiendo
con trabucos de guerra el enemigo,
y ese Español Rodrigo
pretende por instantes
asaltar esos muros de diamantes,
no es justo descansar. *Rey.* Sientate ahora
en esa alfombra, que bordó la Aurora.
Arl. Treguas concede à la quietud divina.
Inf. Mi alimento es la guerra peregrina.
Rey. Conozco que esta Luna
quiere eclipsar el Sol de mi fortuna,
pero con el valor se vence luego
los impulsos neutrales del sosiego.
Inf. Qué novedad es esta? *Tocan.*
Ali. Que ha llegado,
señora, un gran Soldado,
Embaxador del Cid. *Rey.* La paz procura.
Inf. Dile que entre. *Rey.* Alabo su cordura.

Salen Martin Pelaez, y Chaparrin.

Mart. Rei Bucar poderoso,
hijo de Mahomad Rei valeroso,
de la Casa de Meca Brazo fuerte,
guardete el Cielo. *Ch.* Y de la misma suerte
vaya tu alma al lago de Sodoma,
y de alli al Paraíso de Mahoma.
Mart. Y à tí Sol de la Luna no vencida,
dilate el Cielo tu felice vida.
Chap. Y despues de cautiva en mi presencia,
te quedes à la Luna de Valencia.
Rey. Toma asiento, Christiano valeroso,
debido à tu nobleza. *Chap.* Si es forzoso,
sentemonos tambien.
Rey. Qué haces, villano?
Chap. Sentarse entre estas Moras un Christiano.

Inf. Sepamos tu Embaxada.
Mart. Lo que siente
mi General, diré mui brevemente.
Don Rodrigo de Vivar,
Señor de Cardeña y Alva,
Conde de Orgáz, y Alcocér,
Gobernador de las Armas
de Alfonso Rei de Castilla,
Gran Chancillér en su Casa,
y del Consejo de Guerra
primer Ministro en España;
salud y paz os envia.
Dice, que estando cercada
por las Armas de su Rei
esta Ciudad coronada
de tanto Agareno fuerte
un tiempo, y hoi por la gracia
de Dios tan de parte suya
la victoria, que no falta
sino el asalto postrero
para rendirla y ganarla,
que os dá de plazo seis horas
para que de la atalaya
las llaves de la Ciudad
le envies antes del Alva;
porque si no, desde luego
requiere, avisa y declara,
que ha de llevar à cuchillo,
sin reservar de tu Casa
la sangre Real que te asiste
toda la Ciudad, que basta
que las armas de su Rei
hayan tenido cercada
un año esta gran Ciudad;
no indigneis del Cid la saña,
porque si se enoja, pienso,
que si sube á las murallas,
que se lleve de un revés
quantas Moriscas gargantas
tiene, no solo Valencia,
pero Marruecos, Aljama,
Tunez, Argel, y la gran
Casa de Meca, y el arca
del Zancarron de Mahoma,
tan venerado en el Asia.
Inf. Con tu licencia pretendo
respondelle. *Chap.* Linda galga.
Inf. Embaxador, dile al Cid,
que Altisidora la Infanta
de Valencia, gran Princesa
de Denia, Luna Africana,
del Alcorán, y cometa
de las Esquadras Christianas,
no solo quiere rendirle
esta Ciudad soberana,
pero que le notifica,
que antes que pase mañana,
le ha de echar de todo el Reino
de Valencia, y en su Alfana,
que en las ráfagas del viento
es hypógrifo con alas,
ha de llegar à poner
las diez Lunas Otomanas,
con el Pendon de Mahoma,
no solo en las torres altas
de Burgos, sino en Zamora,
Palencia, Toro, Cantabria,
Pontebedra, y sobre el mismo
sepulcro, que tiene y guarda
Galicia del gran Patron
de los Imperios de España.
Mart. Yo te alabo tu ventura.
Inf. Yo, Christiano, tu arrogancia.
Mart. Con la paz te ruega el Cid.
Inf. Yo con la guerra y las armas.
Mart. Lástima tengo à tu mucho
valor, y hermosura rara.
Inf. Yo à tu presencia, que tienes,
si la vista no me engaña,
valor, nobleza y poder,
valentía y arrogancia.
Mart. La paz se debe admitir.
Chap. Mas quiere la paz de Francia.

Salen Elvira y Brianda.

Elv. Qué es Embaxador del Cid
el que ha llegado? *Briand.* La Infanta
está aquí con él. *Mart.* Qué veo!
Chaparrín, se engaña el alma;
no es esta mi prima? *Chap.* Sí,
y con ella está Brianda.
Elv. Cielos, qué miro! *Briand.* Señora.
Elv. Vivid, muertas esperanzas.
Briand. No es tu primo, y Chaparrín?
Inf. Conoces, noble Christiana,

à

à este Embaxador? *Elv.* Señora,
el Christiano que buscaba
quando tú me cautivastes,
es este. *Inf.* Detente, aguarda,
que no has de ir con él.
Chap. Qué haremos?
Mart. Aunque me mate la guarda,
aunque las leyes se rompan,
ó morir, ò libertarlas.
Chap. Parece cosa imposible;
yá voi tentando la espada.
Mart. Esto es fuerza, obre el valor.
Chap. Lo demás es patarata.
Mart. Suplícote me concedas
llevar aquesa Christiana,
por ser prenda que yo adoro.
Chap. Yo llevarme la criada,
à pesar de Berbería,
del zancarron, y la pata.
Rey. Christiano, esa Esclava noble
no es posible que la Infanta
te la conceda. *Mart.* Bien sé,
que de una Ciudad cercada
no puedo escapar con vida;
pero el empeño me llama,
yo he de librarla. *Rey.* Qué dices?
de mi Palacio no salga
con vida. *Elv.* Válgame el Cielo!
en todo soi desgraciada.
Rey. Matadlos. *Celín.* Mueran.
Inf. Teneos.
Mart. Quién ha de morir, canalla?
Rey. Las leyes de Embaxador
à ese Español no le valgan;
matadlos digo. *Inf.* Esperad,
no han de decir que las armas
de Bucar Rei de Valencia,
y Altisidora la Infanta,
rompieron con deshonor,
aunque haya bastante causa,
el derecho de la guerra;
fuera de que la bizarra
valentía del Christiano,
el oponerse à la guarda,
el dár su vida à la muerte,
por defender à su Dama,
mas obliga que desprecia,
mas ennoblece que agravia;
y si Christiano no fuera,
él rigiera mis Esquadras,
pero es contra mi valor;
el buscarlo en la campaña
es accion de mi grandeza;
yá tienes libre la Esclava,
sigue, Christiano, tu amante.
Elv. Con la vida y con el alma.
Mart. Qué me mirais, Africanos?
Chap. Qué me mirais, Africanas?
Mart. No llega alguno? *Chap.* No llega?
Mart. Ven, Elvira. *Chap.* Ven, Brianda.
Inf. A la muralla, Soldados,
toca al arma.
Rey. Toca al arma. *Vanse.*

Sale el Rey Don Alfonso, Alvar Fañez, y Bermudo.

Alv. Vuestra Magestad, señor,
en el Campo de Valencia
honrando con su presencia
vasallos à quién dá honor?
Alf. Solo con Bermudo vengo
à vér al Cid recatado,
mas no sepa que he llegado,
que aunque tan seguro tengo
de un vasallo tan leal
el pundonor, y la lei,
debida siempre à su Rei
por derecho natural,
pretendo que le digais,
Alvar Fañez, que yo soi
un Caballero que voi
à servirle. *Alv.* Vos llegais
à tiempo que de esta parte
sale el Cid à recoger
sus quarteles, y à poner
reglas al valor de Marte,
y hai media legua, señor,
al Campo de Peñalvél,
y podeis hablar con él,
que la noche con su horror
podrá encubrir, aunque mal,
el Sol de vuestra grandeza.
Alf. De vuestra mucha nobleza
fio esta accion principal:
Decidle, que yo me llamo

Don

Don Enrique de Castilla.
Alv. El viene aqui con Laín.

Sale el Cid, y Laín.

Cid. Es Alvar Fañez? *Alv.* El mismo
soi, que aqui estaba aguardando;
ea, llegad, Don Enrico:
Este noble Caballero,
señor, que veis, ha venido,
cumpliendo con su nobleza,
desde la Corte à serviros,
es mi amigo, y de la Casa
de Castilla. *Alf.* Siempre he sido
de la Casa de Vivar
deudo, criado y amigo.
Cid. Yo lo soi vuestro, y venis
à tiempo que vuestro brio,
valor y sangre se emplee
en vencer al enemigo;
y pues alguna distancia
hai al Campo donde asisto,
dadme nuevas de la Corte.
Berm. Ellos van entretenidos,
sigamoslos à lo largo,
y en tanto habrá amanecido,
y habrá logrado su intento.
Alf. En la Corte, Don Rodrigo,
hai lo que siempre, lisonjas,
pleitos, y pocos amigos.
Cid. Cómo está el Rei, mi señor?
Alf. Bueno está, pero afligido
con las guerras de los Moros.
Cid. Pues hai mas que destruírlos?
Alf. De qué suerte? *Cid.* De esta suerte:
tenedlos por enemigos,
no fiarse de sus tratos,
ni en el comercio admitirlos,
y vereis si no se acaban
en tres años ellos mismos.
Alf. Riguroso arbitrio es ese.
Cid. No os canseis, el enemigo,
si entra en mi casa dos veces,
sabe todos mis designios;
si le concedo que venda
sus frutos, él queda rico,
y yo pobre; y para mí
no hai mas diabólico arbitrio,
que consentir à quien Dios
tiene por sus enemigos.
Alf. Está el tesoro del Rei,
con las guerras que ha tenido,
mui acabado. *Cid.* Eso es facil,
que contribuyan los ricos,
porque en tocando à los pobres,
dadlo todo por perdido.
Alf. Si el Rei ganára à Toledo,
quedára el Reino excluído
de guerras por muchos años.
Cid. Dexadme vos, Don Enrico,
que una vez gane à Valencia,
y vereis si Don Rodrigo
de Vivar gana à Toledo.
Alf. Está fuerte el enemigo.
Cid. Mas fuerte está Santiago,
que no dexa Moro vivo
en saliendo à la campaña.
Alf. Es verdad, lo mismo digo.
Cid. Qué dicen de mí en la Corte?
Alf. Nunca faltan enemigos,
el Rei no olvida jamás
el juramento que hizo
por vos en Santa Gadéa.
Cid. Aún le dura ese capricho?
Alf. No os quiere bien. *Cid.* Yo lo creo,
quiera, ò no, yo le he querido,
y quiero como à mi Rei.
Alf. El es cruel, vengativo,
soberbio, ambicioso::: *Cid.* Basta;
escuchadme, Don Enrico,
en diciendo mal del Rei,
no habemos de ser amigos.
Alf. Sí lo sereis, porque yo
con grande extremo he sentido
el haberos confiscado
vuestras tierras. *Cid.* Si lo hizo,
son suyas, púdolo hacer.
Alf. No pagar el beneficio
ingratitud me parece,
y por esta causa digo,
que es un Príncipe cruel.
Cid. Sin duda, à lo que imagino,
quereis que los dos riñamos.
Alf. Que os reporteis os suplico.
Cid. No teneis que suplicarme,
porque al padre que me hizo
matára si me dixera
mal del Rei. *Alf.* O buen Rodrigo. *ap.*
ò vasallo el mas leal,
que tuvo Príncipe invicto!
escuchadme, no es mejor
cobrar vuestro Estado mismo
en el Reino de Valencia?
Cid. Mal mi cólera resisto.
Alf. Ganadla, y quedaos con ella,
que en vos no será delito.
Cid. Don Enrico, ò Don Demonio,
que habeis salido al camino
à tentarme, de esta suerte
doi à traidores castigo.
Alf. Advertid, que soi el Rei.
Cid. El Rei? qué es lo que habeis dicho?
à la luz que arroja el Alva,
à mi Rei he conocido: *arrodillase.*
Señor, vos aqui? qué es esto?
Alf. Dadme los brazos, amigo;
mas qué rumor::: *Buc. dent.* O matadlos,
ò llevadlos por cautivos.
Cid. Moros son, no os dé cuidado,
que si vos estais conmigo,
toda el Africa es mui poca:
há perros. *Salen Moros.*
Alf. Mueran, Rodrigo.
Cid. No os aparteis de mi lado.
Dent. Ali. Válgame Alá, qué prodigio!
retiremonos al bosque.
Cid. Como galgos han corrido,
menos algunos que quedan
por esos campos tendidos:
à buena presa aspiraban
los perros de los Moriscos;
no es nada, à prender un Rei
de Castilla, y à Rodrigo
de Vivar; pero, señor,
de Burgos habeis venido
con riesgo tan evidente?
Alf. Cid Rui Diaz, no hai peligro
donde llega vuestra espada.
Dent. Alv. Moros en el bosque he visto,
acudid.

Salen Alvar Fañez, Lain, y Bermudo.

Cid. Yá llegais tarde.

Alv. Señor, que os ha sucedido?
Cid. Alvar Fañez, no, no es nada,
vuestro amigo Don Enrico
anduvo como pudiera
el Rei de Castilla mismo.
Alf. Don Rodrigo de Vivar,
deudo, vasallo y amigo,
mi engaño, y vuestra lealtad
claramente he conocido,
con secreto vine à veros
y desde luego confirmo,
que quanto de vos dixeron
lisonjeros enemigos,
fueron nubes del Estado,
vapores tan encendidos,
que al sol de vuestra nobleza
se opusieron atrevidos;
no solo vuestros Estados
quedan libres, pero digo,
que si partiera el Laurel
con vos, fuera mui sucinto
premio para laurear
vuestros hechos peregrinos;
à los Confines de Cuenca
me parto, donde el aviso
de haber ganado á Valencia,
esperaré, que yo fio
del Apostol Santiago,
Príncipe por quien vencimos
tan milagrosas batallas,
que con impulsos Divinos
gobernará las Esquadras
de los Católicos hijos
de la Militante Iglesia.
Cid. Que perdoneis os suplíco,
Rei Alfonso, mis defectos,
como yo à mis enemigos:
el mas valiente Soldado,
el Capitan mas altivo,
el perdonar los agravios,
y en consolar los rendidos
debe fundar el favor,
que los Christianos avisos
nos mandan que perdonemos
los duelos que recibimos:
llegad, Bermudo, llegad,
que quiero ser vuestro amigo.
Berm. Confieso que no merezco

fa-

favores tan peregrinos.
Alf. Tan sabio como valiente,
tan recto como entendido,
tan piadoso como noble
es el Cid; yá los avisos *Toca.*
marciales señas nos dán
de la guerra, Don Rodrigo,
à Dios. *Cid.* En tocando Marte
su militar exercicio,
no hai hombre cuerdo à caballo;
á Dios. *Alf.* Varon peregrino,
admirable Consejero,
y Alexandro no vencido
es este pasmo del Orbe,
este asombro de los siglos.

Vase el Rei, y Bermudo; y sale Martin Pelaez, y Chaparrín.

Cid. Martin Pelaez, qué dice el enemigo?
Mart. Señor, que no pretende ser tu amigo,
que á Valencia, ni el Fuerte ha de entregarte,
que gobierna Mahoma su Estandarte,
q̃ ha de echarte del Reino de Valencia,
que su Pendon pondrá sobre Palencia,
Burgos, Cantabria; y porq̃ dixe luego,
que habeis de llevar à sangre y fuego
esta Ciudad, y dar con el gobierno
de la Casa de Meca en el Infierno;
me respondió la Infanta, que pondría
las diez Lunas, señor, de Berbería,
con militar estrago,
sobre el sepulcro del Patron Santiago;
y asi, señor, acometamos luego,
llevemos la Ciudad à sangre y fuego,
mejor será pasallos à cuchillo.
Alv. Y mejor el obrallo, que el decillo:
Señor, à qué aguardamos,
que este baxél soberbio no asaltamos?
Laín. A la vista ha llegado,
tu Exército aclamado
está desde el Oriente
hasta el último clima del Poniente.
Chap. Mueran estos Paganos;
de qué sirve q̃ andemos los Christianos
en razones dobladas?
vive Dios, que si subo, à bofetadas
no ha de quedar perrengue,
que à palos no derriengue,
cercandole de un tajo la canilla
del Zancarrón, sin que le dexe astilla.
Dent. Inf. A la muralla, fuertes Capitanes.
Dent. Rey. Buc. A los Castillos.
Cid. Rabien estos canes,
antes que con las flechas nos reciban.
Dent. Buc. y Altisidora vivan. *Den.* Vivan.
Cid. Capitanes, y nobles Caballeros,
para ahora se hicieron los aceros:
esta es Valencia, à quien el Turia baña,
noble teson de nuestra Madre España,
firme atalaya de las ondas bellas,
imán del resplandor de las estrellas;
hoi con valor previsto,
pues peleamos por la Fé de Christo,
sus muros asaltemos,
y el Alcorán de su Ciudad echemos.
Mar. Si como ostenta esta soberbia cumbre
veinte mil Agarenos, ostentára
rayos forjados en la eterea lumbre,
por ellos con valor me abalanzára;
y si toda la inmensa pesadumbre
de Moros el Olympo granizára,
aqui formáran los mortales ecos,
y espiráran en Tunez, y en Marruecos.
Vase Martin Pelaez.
Alv. Si à trepar por la escala intempestiva,
nave del Ponto, Moros despidiera,
y llovieran adargas desde arriba
los Polos donde el Etna se escondiera,
con ésta por la esfera succesiva
tantas cabezas Moras dividiera,
que imaginára la Region mas vana,
que llovian las nubes sangre humana.
Vase Alvar Fañez.
Laín. Si à diluvios el Africa oprimida
por las almenas Moros arrojára,
coronando su aljava no vencida
de monstruos que el Abysmo desatára,
con esta espada, de valor regida,
tantos cuerpos Alarbes destroncára,
que al eco horrible de los ecos broncos
se arrancáran los exes de los troncos.
Vase Laín.

Chap. Qué lindos disparates de Poeta!
de

de qué sirven hyperboles civiles?
por la cabeza que cortó el Profeta
al Gigante de fuerzas varoniles,
quo si subo los queme con su Seta,
y derritiendo al Sol quatro perniles,
à pesar de Mahoma, y su gobierno,
los embie pringados al Infierno. *Vase.*

En las almenas todos los Moros y Moras, y la Infanta.

Inf. Valerosos Agarenos,
rayos de nuestro Profeta,
defendamos como nobles
la gran Ciudad de Valencia.

Aqui se dá la batalla, los Christianos suben por escalas por los lados, cubiertos con rodelas, y los Moros con alcancías, y Martin Pelaez sube, y pone el Pendon despues.

Cid. Ea, Castellanos nobles,
la Fé de Christo profesan
nuestros fuertes corazones:
España, Santiago, cierra.
Inf. La Ciudad hemos perdido.
Dent. Al Fuerte. *Dent.* Al foso.
Dent. A la puerta.
Dent. Victoria, España, victoria.
Mart. arrib. Coloquemos la vandera,
Valencia por Don Alfonso,
Rei de Castilla.
Sale el Cid.
Cid. Yá reina
en Valencia, por la gracia
de Dios, Alfonso, la diestra
del gran Dios de las Batallas
ha sido nuestra defensa;
pero acudamos al Fuerte,
porque todo se prevenga.

Vase, y salen los Moros huyendo.

Rey Buc. Salgamos por el postigo
à la campaña, à la vega,
pues que perdimos, Soldados,
la gran Ciudad de Valencia,
escapemos con las vidas,
para que con mayor fuerza
volvamos à recobralla.

Vase, y sale Martin Pelaez, y Alvar Fañez riñendo, y la Infanta.

Mart. Mia ha de ser esta empresa.
Alv. Viviendo yo, no es posible.
Mart. Yo llegué à reconocella.
Alv. Primero he llegado yo.
Inf. Sobre qué es la competencia?
Mart. Sobre servirte, y llevarte,
como à Persona Real,
ante nuestro General,
que el mayor triunfo de Marte
no es vencerte, es venerarte
por quien fuiste, y por quien eres,
y asi vencedora eres
de nuestros marciales nombres,
porque el rendir à los hombres
solo toca à las mugeres.
Alv. Es verdad, pero mi espada
à cuchilladas rompió
la Esquadra de Alí, y sacó
à la Infanta de su Armada:
y pues ha sido ganada
por este brazo, se infiere,
que aquel que la pretendiere,
fuera del Cid, entre los dos,
le he de matar, voto à Dios,
si el Mundo lo defendiera.
Mart. Primero que vos llegué
à la Esquadra belicosa
de la Infanta valerosa,
y su valor conquisté:
y pues este acero fue
el que la pudo sacar
de tan oculto lugar,
à pesar de sus blasones,
pues nos hemos de matar,
escusemos de razones.
Inf. Escuchad, formar un duelo,
sin haber causa, parece
que ningun lauro se ofrece
al aliento, ni al desvelo;
antes yo con justo zelo
podré sin culpa culparos;
por-

porque si son los reparos
en haberme à mí vencido,
y la espada no he rendido
sobre qué quereis mataros?
Este acero está en mis manos,
y el impulso que le rige
solo el venceros elige
para blason soberano;
y pues à cumplir me allano
este decreto del Cielo,
cese el militar desvelo,
y no os disgusteis, por Dios,
que he de matar à los dos
por escusaros el duelo.
Mart. Primero ha sido el honor.
Alv. La honra ha de ser primero,
obre el valor. *Mart.* Decis bien.

Sale el Cid.

Cid. Qué es aquesto, Caballeros?
quando à Valencia rendimos
se encuentran vuestros aceros?
sobre qué ha sido el disgusto?
Mart. Sobre que los dos à un tiempo
cautivamos à la Infanta.
Cid. Yá está entendido el pretexto:
Si vuestra Alteza es la causa,
disculpa tienen sus yerros.
Inf. Sois el Cid? *Cid.* El mismo soi.
Inf. Solo à vos rindo mi acero,
que otro ninguno en el mundo
tuviera tan grande imperio,
que sujetase este brazo.
Cid. Yo, señora, no sujeto,
aunque sois Palas divina,
los femeniles trofeos:
hoi quiero que conozcais
mi nobleza, que los duelos
de tan valientes Soldados,
sin competencia los premio.
Acompañad à la Infanta
hasta el Castillo Requero,
donde el Rei se ha retirado,
que yo libertad la ofrezco;
y decidle á vuestro padre,
que pase al Africa luego
à pedir nuevo socorro
à Miramolin su deudo,
que el Cid sabrá, como siempre,
aunque traiga de Marruecos
cien mil ginetes Celinos,
ò matallos, ò prendellos.
Inf. Qué valor! qué magestad!
Cid. Libre estais, guardeos el Cielo.

Vanse, y salen Chaparrín, y Alí.

Chap. No hai un esclavo que salga
à servirme? Alí Celín?
Alí. Qué mandais? *Chap.* O casta ruin,
engendrado en una galga!
limpia aqui. *Alí.* Tu esclavo soi.
Chap. A mucha grandeza vengo,
ducientos esclavos tengo,
dado à mil perros estoi:
Ola. *Alí.* Señor. *Chap.* Dónde están
mis perros para pringallos?
Alí. Limpiando están tus caballos.
Chap. Dónde, Moro? *Alí.* En el zag uán.
Chap. Haced que pongan de gala
el alazán. *Alí.* Puesto está.
Chap. Pues qué hace el caballo allá?
subidlo luego à esta sala.
Alí. Por imposible lo hallo:
mirad, que es falible yerro.
Chap. No subís vos siendo perro?
por qué no podrá el caballo?
Há Celinillo? *Alí.* Señor.
Chap. Pon igual la quiroteca:
díme en la Casa de Meca
has besado el Zancarrón?
Alí. Señor, nosotros tenemos
por Divino, y por Profeta
à Mahoma. *Chap.* Linda Seta.
Alí. Y por ella moriremos.
Chap. Cómo puede ser Divino
un hombre que no bebió
vino en su vida, y mandó
que no comiesen tocino?

Vanse, y salen Alvar Fañez, Martin Pelaez, y Laín.

Alv. Retirado el Cid está
en su retrete. *Mart.* Esperemos
en esta quadra, y sabremos
el orden que se nos dá.
Laín. Fatigado de las guerras
está este insigne varon.
Mart. Su invencible corazon
conquistando tantas tierras,
juntamente con la edad,
aún no se quiere rendir.
Dent. Cid. Quien nació para morir,
vivió de su vanidad:

Descúbrese el Cid hincado de rodillas delante de un quadro de San Pedro.

Pedro, ó piedra, donde Christo
fundó su Iglesia Sagrada,
la voluntad del Señor
es norte de mi esperanza:
pequé, Señor, ay de mí!
Mart. Señor, qué tienes? *Cid.* Aguarda,
Apostol Santo, Laín,
Alvar Fañez, luz sagrada,
Martin Pelaez.
Mart. Qué accidente?
Cid. Qué accidente? no ser nada
este edificio mortal.
Deudos, y amigos del alma,
compañeros, pues lo fuisteis
en mis dichosas batallas,
Soldados los mas valientes,
que tuvo el mayor Monarca,
columnas del Rei Alfonso,
defensa de toda España,
oíd mis breves razones,
atended à mis palabras.
El gran Apostol San Pedro,
anoche, quando velaba
el espíritu, y dormia
esta arquitectura humana,
me dixo: Cid Campeador,
antes que pase mañana,
irás à dár cuenta à Dios,
dexa aparte tus hazañas,
que de todas tus victorias,
sola una débil mortaja
sacarás de aqueste mundo:
amigos, en esto paran
los aplausos de este siglo.
Ciento y treinta y dos batallas
he vencido, quince Reyes

de la Agarena prosapia
he cautivado, tres Reinos
he conquistado por armas,
quarenta y siete Castillos,
diez Ciudades en España,
y mas de quarenta Villas
he ganado con mi espada.
Setenta y dos años traxe
las armas en la campaña,
sin que me impidiese el Sol,
ni fatigase la escarcha,
por mi Ley y por mi Rey,
por mi honor, y por mi patria.
Pasé al Africa dos veces,
mi valor ha visto Italia,
el Persa tembló mi nombre,
y mi pundonor la Francia.
Tres Reyes he conocido,
Fernando mi nombre aclama,
Sancho estimó mi persona,
y Alfonso mi Ilustre Casa;
pero todas estas glorias,
como son nubes que pasan,
si con la muerte se olvidan,
con la vanidad se acaban.
Este Leon Español,
con la ultima quartana
su esfuerzo vital depone,
su erizada piel arrastra.
Amigos, el Cid se muere,
yá la sentencia está dada
en el Tribunal Divino,
acudamos luego al alma,
que es la joya mas preciosa
que nos dió la primer Causa.
Hijos, el Rey de Valencia
pasó al Africa, mañana
con Miramolin, su deudo,
cubrirán esas campañas
de cien mil alarbes Moros;
y si saben (cosa es clara)
que yo he muerto, alentarán
sus Africanas Esquadras.
Embalsamadme, hijos mios,
y con artificio, y maña
ponedme sobre Babieca,
que si yo tengo mi espada,
seré terror de los Moros:

sacareisme à la batalla,
que si tengo la tizona
à vista de sus Esquadras,
no hay que temer, aunque venga
toda el Africa, y el Asia.

Sale Bermudo.

Berm. El Rey, señor, por la posta
de Cuenca llega à tu casa.
Cid. Qué decis? *Sale el Rey.*
Alf. No me pudiera
suceder mayor desgracia.
Cid. Señor? *Alf.* Amigo Rodrigo,
Sol de las Armas Christianas,
Marte Español, qué teneis,
primo y amigo del alma?
Sentaos. *Cid.* Perdonad, señor,
que yá las fuerzas me faltan.
Alf. Cómo os sentís?
Cid. Como quien
pretende hacer la jornada
ultima de nuestra vida.
Alf. Nunca à Valencia llegára
para vér tan gran desdicha.
Cid. Señor, nuestros gustos pasan
como exâlacion que muere,
antes de arrojar la llama:
Rey Alfonso, dueño mio,
que vivais edades largas,
pues empezais à ser Sol,
no os eclipsen nubes pardas:
buenos Vasallos teneis,
callen todos los Monarcas,
que la lealtad Española,
por naturaleza sábia,
por decreto de la honra,
solo en España se halla.
Señor, siempre à la Nobleza
dad los cargos de importancia,
que los descuidos de un noble,
son aciertos de otras casas:
Miradme por los Soldados,
que son las columnas sacras
del Imperio, oís, señor,
como à hijos los regala
el buen Principe, y en vos
esos decoros no faltan.
Muy buenas serán las letras,
y es justo, señor, honrarlas;
pero advertid, que dos plumas
pueden gobernar el Mapa,
pero para defenderos
no bastan muchas espadas.
Cien hombres en los Consejos
gobiernan con vigilancia,
y en la guerra muchos miles
aún no gobiernan las almas:
mas estímo yo un Soldado,
que quantos ociosos andan
infamando con los vicios
la nobleza de su Patria,
que el uno vela en la guerra,
y el otro duerme en su cama.
Soldados, Alfonso mio,
que en ellos siempre descansa
el cuidado de los Reyes,
y el peso de las batallas;
porque os sirvan en la guerra,
perdonad algunas faltas,
mueran, señor, por la Fé,
no mueran por sus desgracias.
A Ximena os encomiendo,
mirad, señor, por mi Casa,
como yo he mirado siempre
por vuestra Corona sacra;
y de rodillas : : :
Alf. Qué haceis?
Cid. Arrojarme à vuestras plantas,
pidiendoos perdon, señor,
de la enemistad pasada.
Soldados mios, à todos
digo lo mismo, mis faltas
han sido grandes, mis culpas
confiesa à voces el alma:
abrazadme, hijos queridos.
Alf. A los mármoles ablanda.
Mart. Qué dolor!
Alv. Qué pena! *Cid.* A Dios,
que yá el aliento me falta:
misericordia, Señor. *muere.*
Alf. Llore España tal desgracia.

Vanse todos, llevandole, y quedan Martin y Alvar Fañez, y sale Chaparrin.

Chap. Señor, que somos perdidos.
Mart. Qué hay de nuevo, Chaparrin?
Chap. Qué ha de haber, que en esta Playa
el Rey Bucar Bencegui,
en mas de ducientas Naves,
que le dió Miramolin,
vá desembarcando perros,
ò Moros de mil en mil:
rabiando vienen los perros,
que no los puedo sufrir,
de haber tenido en sus hombros
tanto galgo Berberí.
No escuchas la algaravía
de los mastines, decir
en lengua podenca, mueran
estos Christianos del Cid?
Si él muere, pienso que irémos
à majar esparto, sí,
à las mazmorras de Orán.
Mart. Alvar Fañez, repartir
podemos nuestras Esquadras.
Alv. Antes que el Bárbaro vil
acometa à las murallas,
podemos todos salir
à presentar la batalla. *Vanse.*
Chap. Acabóse, yo perdí
mis esclavos; pero antes,
por vida de Chaparrin,
que he de pringallos primero
que su Rey Miramolin
me los rescate à buñuelos:
voy el tocino à freir,
y à chamuscarles el alma
con uno y otro pernil. *Vanse.*

Vista de Valencia, y salen el Rey Bucar, la Infanta y Moros.

Rey. Prospero viento truximos,
las Tartanas, y las Naves,
aquellas cisnes de pino,
y estas de Neptuno aves,
sobre el salado edificio
fueron Planetas errantes.
Arl. Nuestra Armada se compone
de cinco mil Alfacares,
y diez mil Miramolines,
con seis mil Ginetes Canes.
Cel. De improviso hemos cogido
à la Ciudad. *Rey.* Por qué parte
será bien que nuestra gente,
ò la combata, ò la escale?
Inf. La puerta de la Marina
es la mas segura parte,
que podemos escoger
para no perder las Naves
de vista. *Arl.* Seguramente
será la salida fácil.
Inf. Valgame Alá, qué silencio
tiene la Ciudad! no sale
à la eminencia del muro
ningun Ministro de Marte.
Rey. Cómo con nuestra venida
no se ven los Baluartes
coronados de Españoles?
Novedad se me hace grande
ver la soledad que tiene
esta fuerza inexpugnable.
Inf. Tiene el Cid con el valor,
ardides, señor, notables;
pero cesen los discursos,
los Miramolines marchen
al Puente, y seguidme todos
los mas esforzados Martes:
Esta es Valencia, Soldados,
la que por largas edades,
à pesar de los Christianos,
habitaron nuestros padres;
pues la perdimos, volved
ahora por vuestra sangre,
ó restaurarla, ò morir
como buenos Capitanes.
Rey. Ahora, Soldados mios,
es el tiempo que reparte
nuestro Profeta el valor,
nuestros lunados alfanges
rayos de Alá se acrediten
en los tronos Militares:
al Puente, Soldados mios,
que pues al Campo no salen
los enemigos, nos temen.
Inf. La puerta pienso que abren:
toca al arma. *Todos.* Al arma toca.

Dase la batalla, saliendo los Christianos por una puerta, Moros por otra, y saldrá el Cid despues en un caballo, y al verle los Mo-

Moros huyen como espantados, dando buelta al tablado, y entrase el Cid.

Inf. Pero este es el Cid, que sale
echando rayos de fuego.
Rey. Valgame Alá, qué espantable!
retiremonos, que viene
este Castellano Marte
abrasando quanto encuentra. *Vase.*
Dent. Mueran los perros cobardes
Sale Mart. No quede vivo ninguno,
quemadles luego las Naves.
Sale Alf. Aún muerto el Cid se corona
de trofeos Militares.
Salen Todos. El Rey Don Alfonso viva.

Sale la Infanta.

Inf. A tus pies, Christiano Atlante,
la Infanta llega, pidiendo
que tu Magestad la ampare,
dandole el santo Bautismo;
porque milagros tan grandes,
solo los puede alcanzar
quien tiene à Dios de su parte.
Alf. Sangre Real, que se reduce
à la Fé, justo es que alcance
el estado que merece:
vuestro esposo es Alvar Fañez.
Alv. Es premio de tu grandeza.
Alf. Vos, Noble Martin Pelaez,
Virrey de Valencia sois.
Mart. Pues hoy mercedes reparte
vuestra Magestad, mi prima:::
Alf. Si es blason de vuestra sangre,
con ella os doy à Requena.
Elv. El Cielo tu vida guarde.
Brian. Oyes, Chaparrin.
Chap. Brianda,
pues contigo he de casarme,
pidele à el Rey doce Villas.
Alf. Demos orden, Capitanes,
que el cuerpo del Cid se lleve
con triunfo sonoro y grave
à San Pedro de Cardeña.
Chap. Y porque parece tarde,
demos fin à la Comedia
del Noble Martin Pelaez.

FIN.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima, junto à Barrio Nuevo; y asimismo un gran surtido de Comedias antiguas, Tragedias y Comedias modernas; Autos, Sainetes, Entremeses, y Tonadillas, Año de 1792.